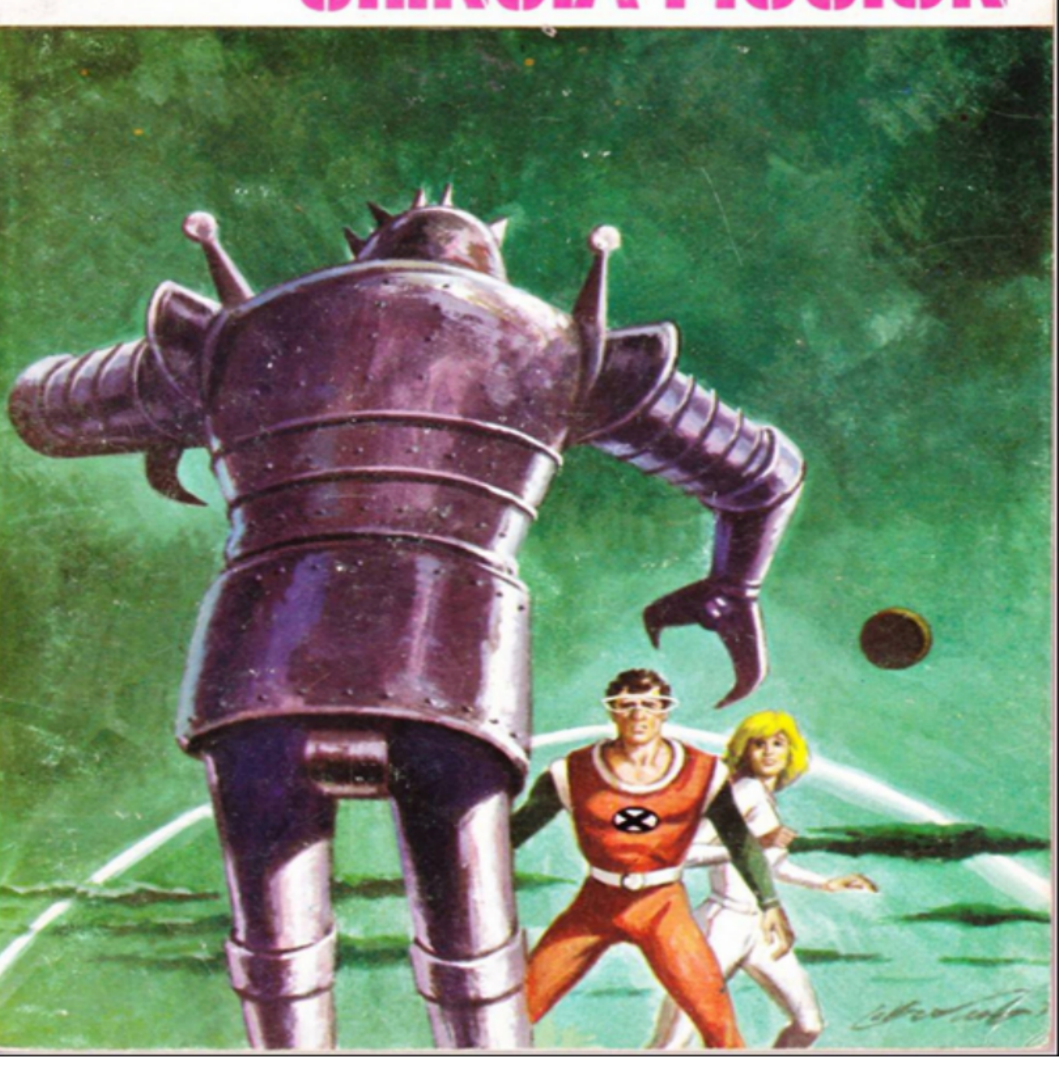
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

¡ABAJO LOS ROBOTS!

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

¡ABAJO LOS ROBOTS!

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

1. — Poder absoluto - *Glenn Parrish.*
2. — Nido de monstruos - *Kelltom Mclntire.*
3. — El enigma de Airón - *Alf Regaldie.*
4. — Surgieron de las profundidades - *A. Thorkent.*
5. — La reina del Sistema Uta - *Josep Berna.*

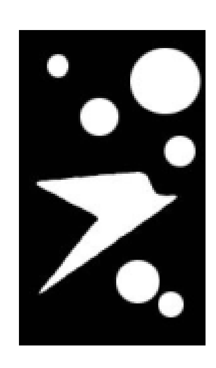
GLENN PARRISH

¡ABAJO LOS ROBOTS!

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 359

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 16.786 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Aunque ya había oído algo al respecto, los disgustos empezaron para mí aquella mañana, cuando volvía de hacer la compra en el mercado vecino. Jamás me hubiera imaginado que un día podría pasarme una cosa semejante.

Aquellos mozalbetes me llamaron de todo lo imaginable. Eran un grupo compuesto por una docena de muchachos de ambos sexos y, créanme, las lenguas más desvergonzadas eran las de las chicas. ¡Qué léxico, señor!

Me llamaron de todo. Imagínense, yo venía con la cesta de la compra, al estilo antiguo, con las verduras saliendo en parte por fuera, la carne, los huevos, el pescado, el pan, la fruta... Claro que era una cesta muy grande, porque había hecho provisiones para varios días y mi amo tiene un apetito capaz de emprenderla a mordiscos con la mesa, si no hay nada encima.

Así que desde esclavo de un inmundo capitalista — ¿por qué, si sus papaítos estaban en el mismo caso que mi amo? — hasta saco ambulante de chatarra, me dijeron de todo. Lo único que no hicieron fue llamarme hijo de mala madre. Oh, no mencionaron en absoluto este detalle, por otra parte tan común cuando hay intercambio de insultos entre dos personas.

Y no me llamaron hijo de mala madre, porque, a decir verdad, yo no he tenido madre.

Los robots no tenemos madre.

Y yo soy un robot.

* * *

Mi identificación es la siguiente: T.O.M. 333-001-A.15. Lo corriente entre los humanos, entonces, es llamar al robot por un hombre que encaje más o menos con las iníciales de la serie. Según eso, mi amo debería haberme llamado Tom, pero no es así.

- Te llamaré Jenkins — dijo el día en que me compró.

Más adelante, cuando ya hubo alguna confianza entre él y yo, toda la confianza que puede existir entre un humano y un robot, naturalmente, le pregunté por qué me llamaba Jenkins y no Tom, como habría hecho otro cualquiera.

- Otro cualquiera no tendría mi imaginación — respondió mi amo con todo desparpajo—. Yo te compré porque quería un criado, un mayordomo, para que lo entiendan tus circuitos de identificación de oficios en lo sucesivo. Todos los mayordomos que se precian suelen llamarse Jenkins. También los hay que se llaman Angus o Andrew o Bautista, pero a mí me gusta más Jenkins.

De modo que con Jenkins me quedé y con ese nombrecito me conocen todos los amigos de mi amo, que no son muchos, a decir verdad. Mi amo es un poco retraído, lo que no significa tenga aficiones monásticas. De cuando en cuando, le gusta dar un poco de diversión al cuerpo, aunque en este aspecto suele ser más bien discreto. Y no por hipocresía, sino porque hay cosas que tampoco se deben pregonar a los cuatro vientos.

Cuando ya llegaba a la puerta de casa, algo voló por los aires. Mi sexto sentido, en este caso un diminuto radar, me hizo eludir el proyectil velozmente. La piedra se estrelló contra la pared y el lanzador salió huyendo, porque ahora sí tendría que enfrentarse con alguien que no estaba obligado, como yo, a soportar insultos y agresiones mansamente. Y mi amo, todo sea dicho, tenía unos puños magníficos.

Entré en la casa y llevé la compra a la cocina. Acomodé todo y después fui a ver a mi amo.

Estaba en su estudio, entregado al trabajo. Hacía ya bastante tiempo que había entrado a su servicio y conocía sus reacciones, así que esperé hasta que levantó la vista de sus papeles.

- Jenkins, a ti te ocurre algo — dijo.
- Sí, señor — contesté.
- Bien, entonces, conecta el circuito refrigerador. Observo

cierto brillo en tus pupilas artificiales y eso me indica que hay en tu generador motriz cierta elevación de tensión, que puede resultarte perjudicial.

- Es cierto, señor. Para decirlo con palabras humanas, me encuentro muy enfadado.

Mi amo apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

- Bien, suéltalo ya, Jenkins — sonrió.
- Cuando volvía del mercado... Un grupo de mozalbetes que no conocen la vergüenza ni la dignidad... Me han insultado gravemente, señor. Uno de ellos ha tenido incluso la osadía de tirarme una piedra. ¿Adónde vamos a parar, señor? Esto no había pasado jamás; los robots somos tan útiles a los humanos...

Un profundo pliegue apareció en la frente de mi amo.

- Es cierto — convino —. Si esto sigue así, no sé a dónde iremos a parar. Hace ya algún tiempo que se ha iniciado una campaña contra los robots, pero no comprendo ni sus motivos ni mucho menos sus objetivos, Jenkins.
- En tiempos, a esto que sucede se llamaba racismo. Ahora se le podría llamar antirrobotismo... O quizá estaría mejor dicho antimaquinismo, señor.
- El nombre es lo de menos. — Mi amo se reclinó en su sillón—. Algunos exaltados han empezado a decir pestes de vosotros, los robots, pero nunca supuse que la campaña pudiera tomar ciertos vuelos. Además, como he dicho, no comprendo sus objetivos. Supongamos que os quieren suprimir y que lo consiguen. ¿Cuáles serán sus beneficios?
- Respecto a los beneficios que pudieran obtener los autores de la campaña, no puedo decir yo nada, señor, aunque sí podría decir mucho de los perjuicios que sufriría la humanidad si se decretase la nocividad de los robots *y* por tanto, su destino final a la chatarra.
- Tienes mucha razón, Jenkins. Por supuesto, no dependemos de vosotros de un modo absoluto; a fin de cuentas, los humanos supimos salir adelante siempre, sin contar con los robots, pero los perjuicios que sufriríamos serían grandísimos.
- Imagínese usted: hay robots para todo: cirujanos, médicos de todas las especialidades, excepto psiquiatría, naturalmente; guardias de circulación, mineros, conductores, pilotos, marinos, operarios de fábricas... ¿Qué pasaría si todos esos robots que desempeñan oficios y profesiones antaño destinadas a los humanos fueran suprimidos de golpe?

- Recibiríamos un duro golpe, no cabe la menor duda — dijo mi amo pensativamente —. Durante meses y meses y tal vez años, reinaría el caos en la Tierra, hasta que nosotros, los humanos, pudiéramos tomar de nuevo las riendas y hacer que todo marchase con normalidad… pero, francamente, Jenkins, no creo que ningún miembro del gobierno mundial se atreva a proponer semejante disparate.
- Oh, señor, no debemos fiarnos — dije, escéptico —. En mis microcircuitos de historia tengo grabados relatos de políticos que empezaron muy sensatamente y acabaron cometiendo las mayores aberraciones, y lo que es peor, convenciendo a la mayor parte de los ciudadanos de que tenían razón y que debían secundarlos en sus absurdos proyectos. Todo depende de quién lo haga y cómo lo haga y la forma en que empiece a persuadir a la gente de que los robots deben ser suprimidos.
- Esperemos que ese momento no llegue nunca — dijo mi amo con un suspiro —. Y mientras tanto, Jenkins, ¿ quieres dejarme solo para que termine de redactar estas notas?
- Sí, señor. La comida, supongo, a la hora de costumbre.
- Desde luego, Jenkins.

Cuando salí del despacho, tuve que enviar de nuevo unas cuantas refrigeraciones a mis circuitos de sentimientos humanos, sobre todo al de la dignidad. El grito de «¡Abajo los robots!», resonaba todavía en mis tímpanos mecánicos, es decir, los micrófonos que habían captado las palabras, para enviarlas al circuito de memoria correspondiente, donde habían quedado indeleblemente grabadas.

Pero ¿por qué diablos, si un robot puede expresarse de esta manera, querían suprimirnos? Oh, no es que tenga miedo a la muerte… Soy un robot y, para «matarme», basta con desconectar mi pila motriz. Entonces, mis circuitos dejarán de funcionar y yo ya no pensaré ni seré otra cosa que un conjunto de circuitos y tensores y varillas recubiertos de un plástico exactamente igual a la piel humana… Dejaré de funcionar de la misma forma que se apaga la luz de una habitación, cuando se sale de ella y se pulsa el interruptor de la corriente. Pero cuando un robot ha llegado prácticamente a la perfección humana, salvo en ciertos aspectos, resulta muy duro tener que elaborar en los circuitos la posibilidad de un viaje a los montones de chatarra.

* * *

— ...Tienen la culpa de todo — bramaba el orador—. Las máquinas son la maldición del hombre. Oh, no es que yo sea enemigo absoluto de toda clase de máquinas. ¿Cómo podría pedir la supresión de los motores de explosión, de los motores eléctricos, de tantas y tantas máquinas útiles que funcionan en la actualidad? ¿Podría yo pedir que se destruyese el generador que suministra luz y calor a un hospital o a una ciudad?

»Pero no es a estas máquinas, de utilidad indiscutible, a las que me refiero, sino a las que, andando el tiempo, se han construido, con tanta habilidad que «piensan» y «discurren» y «especulan» sobre todos los acontecimientos habidos y por haber, lo mismo que cualquier humano, el ser más perfecto de la Creación. Yo me refiero a los robots, los cuales, para mayor escarnio, han sido construidos con nuestra misma figura, de tal modo, que resulta muy difícil distinguirlos de las personas...

»Porque los robots, a fin de cuentas, son hijos de las temibles computadoras, que también habían llegado a pensar y a discurrir y a realizar erróneas evaluaciones, las cuales dieron como consecuencia la casi total destrucción de la Humanidad, hace ahora tres siglos. Parecería que los seres humanos, a la vista de lo ocurrido, habrían aprendido la lección y no volverían a construir más máquinas pensantes, por describirlas con palabras fácilmente inteligibles, pero no ha sido así. No sólo no han aprendido la lección, sino que han vuelto a construir perfectísimas computadoras, y las han reducido de tamaño hasta darles el de un cerebro humano y han hecho que se muevan y hablen como cualquiera de nosotros... ¡ Y ahora, los robots son nuestros dueños! ¿Hemos de consentirlo? ¿ Qué hace nuestro gobierno, el que nosotros, los ciudadanos, hemos elegido libremente?

»Los robots, tienen hoy día grandes prerrogativas. Un día se les concederá el derecho a voto... y ese día elegirán un gobierno de robots y entonces, lo que ahora es poco más que una metáfora, se convertirá en una triste realidad. Sí, ahora los robots son nuestros dueños, pero sólo en el sentido de que dependemos de ellos para gran número de cosas. Un día, sin embargo, alcanzarán el poder supremo y los seres humanos nos veremos reducidos a la triste condición de esclavos de unas máquinas...

- Apaga ese maldito trasto — dijo mi amo repentinamente.

Me levanté de mi asiento, crucé la sala en donde habíamos

estado escuchando aquel panfletario discurso y cerré el televisor.

- No sé cómo diablos permiten hablar a ese incendiario sujeto — dije.
- La libertad de expresión es básica en nuestro sistema político. Cualquiera otro puede pedir que le dejen hablar en favor de vosotros y se lo concederán, Jenkins.
- Sí, pero es que hay cosas que debieran ser prohibidas. ¡Decir que nosotros pretendemos convertirnos en dueños de los humanos! Pero ¡qué imaginación!
- Jebeddiah Holyrood — mi amo se refería al orador de la televisión—, es el *leader* del partido antimaquinista. Hace demagogia pura, pero la cosa no tendría la menor importancia si no hubiese muchos idiotas que son capaces de creer los disparates que suelta en sus discursos.

Mi amo tenía razón. Entre los humanos, siempre hay tipos crédulos, capaces de tragarse las mayores bolas. Pero también hay otros más listos, que se aprovechan para pescar en ríos revueltos... y otros, infinitamente más listos, que se aprovechan de la buena fe de algunos políticos, para empujarlos sin que ellos se den cuenta y convertirlos así en sus marionetas. Y tirando de los hilos que mueven a esas marionetas, acaban por conseguir que se realicen ciertos oscuros planes, de los cuales no obtienen sino grandes ventajas, normalmente vedadas a la masa.

Si mis razonamientos, basados en el análisis de situaciones políticas parecidas, grabadas en mis circuitos de memoria, eran ciertos, ¿quién estaba detrás de Jebeddiah Holyrood, el profeta del movimiento antirrobot?

En aquel momento, un sonido musical vino a cortar mis reflexiones. Suspendí la acción del circuito especulativo y decidí atender la llamada de la puerta.

CAPITULO II

Al abrir, vi a una encantadora muchacha, de pelo castaño, muy corto, y ojos azules, vestida con un traje de una sola pieza de color amarillo vivo, con un bolso colgado del hombro izquierdo. Al verla no pude por menos que pensar en mi triste condición de robot. ¡ La de cosas que le habría dicho si yo fuese humano!

- El profesor Joseph Varlan, supongo — dijo la chica.
- Yo soy sólo su robot sirviente, Jenkins, según la nomenclatura particular que me ha aplicado el profesor. ¿En qué puedo servirla, señorita?
- No me trates así, yo también soy un robot.

Mi circuito de la sorpresa funcionó instantáneamente.

- ¡Caramba, un robot...!
- En efecto. ¿Quieres anunciarme al profesor?
- Un robot...
- Yo te confundí con el profesor, de modo que, ¿por qué no has podido pensar que soy una mujer?
- Eso sí es muy cierto — convine —. Pasa, por favor; y dispensa que me sienta sorprendido. Que yo sepa, es la primera vez que un robot visita a un humano... a menos que vengas a traer algún mensaje de la persona a quien sirves.

- No sirvo a nadie. Vengo a servir al profesor Varlan.

Mis cejas artificiales se levantaron un poco, tal es la perfección con que he sido construido.

- Servir a...

Una puerta se abrió entonces en el interior de la casa.

- ¡Jenkins!—exclamó mi amo—. ¿Con quién estás hablando?

De pronto, vio a la robot y se quedó atónito.

- ¡Demonios! ¿De dónde ha salido esa preciosidad?
- Es un robot, señor — declaré —. Dice que viene a servirle a usted...
- Mi identificación es S.R.D.5, señor — dijo la robot, muy seria—. Las iníciales corresponden a las palabras Serie Robótica Definitiva, es decir, la clase más perfecta. Pero el señor puede llamarme Nellie; en la fábrica me aconsejaron indicase este nombre.

Mi amo tenía la boca abierta.

- Oye, Nellie, yo no he pedido otro robot... Con uno me basta, aparte de que el impuesto sobre la renta, cuando declare que tengo dos robots, va a subir cifras increíbles...

Sin inmutarse, Nellie abrió el bolso y sacó unos cuantos documentos.

- Soy obsequio del Consejo Superior del Gobierno, como reconocimiento a sus méritos de investigador de Historia Psicopolítica — recitó—. El C.S.G. me ha enviado a usted, no sólo como recompensa, sino también para ayudarle en su trabajo. En la fábrica se me han grabado los estudios correspondientes al doctorado en esa disciplina científica, de la que usted es el miembro más relevante. Por supuesto, esta donación está libre de impuestos.
- ¿Has... has oído, Jenkins? — tartamudeó el profesor.
- Pues... sí, señor.
- Nunca se me ocurrió pensar que el gobierno podría recompensarme de esta forma...—Mi amo estaba leyendo ya los documentos y, de pronto, soltó una exclamación de sorpresa—. Oiga, esto ha sido firmado por el consejero Shamrock.

- Así es, señor; y según me informaron en la fábrica, él y usted son grandes amigos — dijo Nellie.
- Más bien lo fuimos en tiempos. — Varlan meneó la cabeza —. Pero él se dedicó a la política… Está bien, Nellie, tal como se han presentado las cosas, puedes quedarte.
- Muchas gracias, señor. Le aseguro al señor que le ayudaré cuanto pueda en sus investigaciones sobre Historia Psicopolítica.
- Empezaremos mañana — decidió mi amo, ahora compartido. Miró a la robot de pies a cabeza—. Deberías ser de carne y hueso, Nellie.
- Lo siento, profesor; de mujer, sólo tengo la figura externa. Pero el hecho de enviarme a mí, en lugar de un robot con figura masculina, se debe a la sensación psicológica que usted tendrá sin duda al ser atendido por una pareja de robots. La variación visual que ello supondrá, estimulará todavía más sus investigaciones…
- Más bien se estimularán mis hormonas — gruñó Varlan.

Yo refrigeré el circuito de la risa, porque no hubiera sido discreto soltar la carcajada en aquellos momentos. Con el tipo que habían dado a Nellie, cualquier hombre se sentiría muy… «estimulado», sobre todo, si era como mi amo, bien parecido y soltero.

De repente, se oyó un fuerte estallido.

Unos vidrios volaron por los aires. Algo cayó en el interior de la sala.

Mi amo lanzó una maldición. Yo me agaché para recoger el mensaje que alguien había enviado, atado con un cordel a una piedra como el puño.

Después de soltar el cordel, desplegué el papel y se lo entregué a mi amo. Este, en voz alta, leyó:

- «Deshazte de tus robots o lo pasarás muy mal. M.A.M.»

* * *

Mi amo me lo contó… perdón, nos lo contó a la tarde del día siguiente, tras la visita que hizo a su antiguo amigo el Consejero Shamrock.

Hacía años que no se veían, por lo que los primeros momentos fueron dedicados a recordar viejos tiempos pasados, sobre todo, de la época de estudiantes. Después, mi amo entró en materia:

- Eddie, te agradezco mucho el obsequio de un robot, pero no me hacía falta...
- Lo necesitas — aseguró el Consejero—. Aunque no lo creas, sigo muy de cerca tus investigaciones sobre Psicopolítica. Y esto es algo muy necesario en las actuales circunstancias.
- No entiendo — dijo Varlan.
- Me refiero al Movimiento Anti-Máquinas, el M.A.M., si lo prefieres. Claro que, en realidad, ese movimiento se dirige contra los robots, pero, a fin de cuentas, un robot, ¿no es una máquina?
- He oído los inflamados discursos de Holyrood. ¿Qué diablos pretende ese fanático? ¿Por qué privarnos de algo que es tan útil? ¿A quién se le ocurre que un día el gobierno pueda conceder a los robots el derecho a voto?
- Joe — los amigos llamaban así a mi amo—, los hombres recuerdan todavía la catástrofe desencadenada por el error de unas computadoras. Entonces eran unas máquinas enormes; hoy día, se obtienen los mismos resultados con la computadora contenida en el interior de un cráneo artificial. Fue algo horrible, como sabes por tus estudios de historia, pero nos hemos rehecho de la catástrofe. Claro que ahora sólo vivimos unos cientos de millones de seres humanos, pero tenemos también cientos de millones de robots a nuestra disposición...
- Eddie, sería absurdo pensar en una sublevación de robots. En la fábrica se les inserta a todos el circuito primario de obediencia a las órdenes humanas, lo que implica evitar daño alguno a las personas, ni aunque sea por orden de otro ser humano. Es decir, si tú quisieras matarme, mi robot no podría defenderme ni aun para salvar mi vida, quitándote la tuya, ni siquiera arreándote un buen estacazo en la cabeza. Y si en los circuitos especulativos de un robot se produjera una suma de cálculos que dieran como resultados la elaboración de un sentimiento hostil hacia una persona, el circuito primario actuaría inmediatamente y desconectaría la pila motriz, paralizándolo instantáneamente.
- Sí, ya lo sé. También sé que es imposible que un robot salga de fábrica sin la implantación de ese circuito primario. Las pruebas son severísimas y, además, presenciadas por ciudadanos neutrales, unos que van por propia voluntad y otros designados por sorteo, de modo que la trampa es imposible. Pero hemos de

contar con el M.A.M.

- De acuerdo, aunque me gustaría saber qué objetivos persigue...
- Eliminar a los robots, está claro.
- Eddie, soy experto en Historia Psicopolítica. Nadie actúa sin un fin preciso y determinado, aunque no lo exponga en su declaración de principios. Sinceramente, yo no creo que Holyrood se mueva por amor a la humanidad.

Shamrock sonrió maliciosamente.

- Puede que hayas dado en el clavo, Joe, aunque, por ahora y pese a nuestra amistad, me es imposible decirte nada más. Lo único que te pido es que aceptes a Nellie y que sigas tus investigaciones. La Psicopolítica puede darte la clave de los motivos de Holyrood... y de las personas que se mueven en la sombra y que lo utilizan como pantalla para sus turbios fines.
- Si los robots fuesen destruidos, sobrevendría el caos, Eddie.
- Exactamente, Joe.
- Entonces, tendremos que recurrir al viejo y ya olvidado aformismo latino: *Cui bono?* Lo que significa: ¿A quién aprovecha?

El índice de Shamrock apuntó a Varlan.

- Cuando lo sepamos, tendremos desvelado el enigma de la actitud de Holyrood — contestó.

Y así, mi amo vino a casa, perplejo y sin saber qué hacer, pero lleno de preocupaciones.

* * *

- Los procesos psicopolíticos de la Historia se han caracterizado casi siempre por un agudo simbolismo de las formas conceptuales de dominación de la palabra y la imagen, lo que da comienzo con las primeras inscripciones murales sumerias, asirías y egipcias, pasando por los vitrales de las catedrales góticas hasta llegar a la época actual, en donde la letra impresa, la radio y la televisión juegan un papel muy

importante en la propagación de los conocimientos humanos...

- Lo que está usted dictando es un «rollo» — dije al entrar en el estudio con una bandeja en las manos—. El fondo psicopolítico de toda acción humana es la ambición de poder, ni más ni menos.

Mi amo me miró con la boca abierta.

- Jenkins, sin ánimo de ofenderte, sospecho que olvidas tu condición de robot — exclamó.
- No lo olvido, señor, pero, precisamente, porque he oído todo lo que estaba dictando a su nueva ayudante y he puesto en juego mis circuitos especulativos, puedo decir que esas frases tienen muy poco sentido práctico.

Nellie, sentada ante la máquina de escribir, me contemplaba en silencio.

- Entonces, ¿ qué me sugieres, oh, maestro de la ciencia?— preguntó Varlan burlonamente.
- Simplemente, que agarre su escopeta y que nos vayamos al campo. Hace un día estupendo y merecería la pena que cazase un par de conejos. Así, a la noche, tendría la cabeza despejada y una cena que se chuparía los dedos.
- ¿Has oído, Nellie? —sonrió mi amo.
- Puede que Jenkins le haya dado un buen consejo, señor — dijo la robot con voz impersonal.

Varlan lanzó a un lado el cuaderno de notas que tenía en la mano.

- Prepara todo — me dijo—. Estaré listo dentro de cinco minutos, Jenkins.
- Bien, señor.

Al salir, conecté el dispositivo de máxima sensibilidad de mis circuitos auditivos. Entonces pude escuchar a Nellie:

- Con su permiso, profesor, Jenkins tiene razón.

— ¿Tiene razón? ¿Por qué?

- Todo lo que ha estado haciendo hasta ahora no son sino especulaciones teóricas, sin valor aplicativo práctico alguno. Se trata de una amenaza, más que sobre nosotros, máquinas al fin y al cabo, sobre ustedes, los humanos... porque si nos destruyeran

totalmente y se suspendiera la fabricación de robots, se producirían una serie de hechos encadenados, que alcanzarían límites imprevisibles.

»Es cierto que un humano puede encargarse de conducir un tren o pilotar un barco o un avión, y que también puede trabajar en una mina y en la fundición de metales... pero todo ello exigiría un proceso de readaptación de duración imprevisible. Hospitales, centros asistenciales y benéficos, escuelas, centros de producción y suministro de víveres, distribución y control de alimentos... Tendrían que hacerlo ustedes, encargándose de las faenas más penosas, hasta ahora encomendadas a nosotros, los robots. ¿Es usted capaz de imaginarse en qué estado quedaría el planeta? Usted, profesor y estudioso de la Historia Psicopolítica, ¿no es capaz de recordar lo sucedido en el pasado, en un país devastado por una guerra, sobre todo, si la ha perdido?

- ¿Quiere decir que esto es una guerra y que podemos perderla? — preguntó Varlan, estupefacto.

La chica era lista, me dije. Sí, era un guerra, aunque todavía no declarada.

Ella repitió en voz alta mis pensamientos. Varlan pasó al contraataque:

—Todavía no se han producido bajas — alegó.

- Estamos en la fase prebélica: inflamación del patriotismo, mediante la exposición de posibles peligros, al par que la denigración del adversario, echándole proyectos que no ha concebido y vicios y defectos imaginarios o, si reales, aumentados hasta la exageración, a fin de moldear la conciencia de las supuestas víctimas. Así pues, cuando llega el momento de la declaración de hostilidades, la movilización se hace con gran facilidad.
- No cabe duda de que este aspecto del problema está muy bien expuesto — convino el profesor—. Pero ¿ quién es el enemigo?
- Nosotros, los robots, Ande, profesor, váyase a cazar con Jenkins y deje que pase a limpio sus apuntes.
- Sí, creo que me convienen unas horas de descanso — dijo mi amo. Y cuando ya salía, se volvió hacia la robot —. Nellie, ustedes, teóricamente, son el enemigo. Pero ¿quién dirigirá la campaña?

- La campaña tiene un portavoz: Jebeddiah Holyrood. Pero no es el general en jefe — fue la oscura respuesta de mi colega.

CAPITULO III

Cuando volábamos en el aeromóvil, hacia el lugar donde mi amo debía usar la escopeta, yo conecté la radio, al objeto de conocer las últimas informaciones. Después de unas noticias sin interés, el locutor dijo:

- Se ha recibido un despacho de Nuevo Edén, según el cual se han producido manifestaciones de protesta, por la política del gobierno, que ha causado cierta escasez de alimentos y una baja en el suministro de energía a los centros de producción...
- Nuevo Edén — murmuró mi amo pensativamente —. Ese es el planeta al cual emigraron muchos terrestres que no quisieron quedarse aquí después de la catástrofe.
- Así es — contesté.
- Le dieron ese nombre porque, a ojos de sus descubridores, pareció iba a ser un segundo Paraíso Terrenal. Pero en parte fue debido a que todavía conservaban la visión de una tierra devastada. Era un planeta deshabitado, sin contaminar, pero poca cosa más. A decir verdad, los emigrantes tuvieron que llevarse de casi todo desde aquí.
- Ahora no están tan mal, parece. A fin de cuentas, han pasado ya más de trescientos años...

- Sí, pero la Tierra se ha rehecho con más facilidad, porque los que se quedaron aquí eran gente sin perjuicios. En cambio, los emigrantes, sobre todo las primeras oleadas, instauraron una especie de constitución un tanto draconiana. Ciertas clases de máquinas están prohibidas *y* no es que se construyan de contrabando, sino que ni siquiera se fabrican y, por supuesto, mucho menos se importan de la Tierra.
- Como todos los emigrantes, han construido una sociedad puritana, ¿no es eso lo que quiere decir, señor?
- Sí, Jenkins. Por eso mismo me extraña que haya habido manifestaciones de protesta. En Nuevo Edén no debería haber carencia de víveres ni falta de energía. Cierto que no disponen de las comodidades que tenemos aquí, pero tampoco viven como hombres prehistóricos ni mucho menos.
- Los gobiernos, a veces, fallan — dije, escéptico.
- Sí, eso debe de ser.

El tema fue dado de lado momentáneamente. Al cabo de un rato, hice descender el aeromóvil en el lugar favorito del profesor para la caza.

- Bueno, ahora me toca a mí. Siéntate y descansa tus tensores — sonrió mi amo.

Era una frase. Un robot nunca se cansa, a menos que su pila motriz pierda potencia. Pero eso no sucede, porque la pila motriz es prácticamente inagotable. Además, de cuando en cuando, por las noches, la conecto unas horas a la red de electricidad y al día siguiente estoy como nuevo.

Lo que sí puede hacer un robot es rebajar la potencia de la pila, a fin de aliviar de tensión a los circuitos, en momentos en que no tenga nada que hacer. Yo no podía ayudar en la caza a mi amo, primero porque no se había inventado todavía el circuito olfativo, y segundo, porque un robot, no sólo no puede hacer daño a los humanos, sino tampoco a todo ser viviente. A tal punto es estricta esta regla, que en los mataderos donde se sacrifican animales para el consumo, son humanos los que manejan las máquinas, excepto las de limpieza de reses muertas, troceado, empaquetado y demás.

Y si esto era así, ¿por qué temer una rebelión de los robots?

El tiempo pasó lentamente. Yo estaba como adormilado, con la energía a mínima tensión, excepto la del circuito de alerta, que me avisaría del regreso de mi amo. De pronto, ese circuito entró en

funcionamiento y mi pila recobró la potencia normal en una fracción de segundos.

Escuché pasos. Pero no era mi jefe.

Eran varios buenos mozos, de aspecto rudo y sonrisa poco amistosa, los que se situaron frente a mí, antes de que hubiera tenido tiempo de apercibirme de mi pequeño error.

* * *

Ninguno de ellos iba armado, aunque todos ellos llevaban buenos garrotes. Parecían jóvenes con ganas de jarana, con deseos de divertirse a costa de un paleto recién llegado a su pueblo. Sin embargo, presentí que había en su presencia algo más que un intento de diversión.

- Míralo, es un robot — dijo uno de ellos.
- Un futuro destructor de la humanidad — calificó otro.

Un tercero dijo:

- La máquina es el primer enemigo del hombre.

Yo pensé que la imbecilidad es realmente el primer enemigo del hombre, pero, claro está, no podía traducir en sonidos inteligibles mi pensamiento. Eran humanos y les debía respeto y obediencia.

- Oye, robot, si te dijera que caminases sobre las manos, ¿lo harías? — preguntó uno de los mozos.
- Lo intentaría, aunque no creo que lo consiguiese, ya que no he sido construido para ello — respondí cortésmente.
- ¿Y saltar a la pata coja? — dijo otro.
- Podría probar — contesté.
- En cambio, a mí me gustaría probar la resistencia de un cráneo robótico a un buen garrotazo.

Al oír aquellas palabras me quedé, si vale la expresión, helado. Yo no podía defenderme y era obvio que aquellos salvajes estaban dispuestos a destruirme a palos. La «muerte» robótica no me asustaba, sólo me fastidiaba.

El que había hablado de romperme la cabeza alzó su palo. Entonces, yo sentí que mi circuito del alivio funcionaba automáticamente:

- Toca a mi robot y te llenaré el cuerpo de plomo — dijo mi amo con acento melodramático.

Los sujetos se quedaron paralizados en el acto. El profesor acababa de aparecer, con la escopeta en las manos y, según pude ver en su expresión, dispuesto a cumplir su amenaza.

- No queríamos hacerle nada, señor — dijo uno de los muchachos.
- Además, es sólo un robot — añadió otro.
- ¡Serán nuestra ruina! —gritó un tercero.
- ¡Largo! —ordenó Varlan—. Váyanse inmediatamente.

Hubo un intercambio de miradas. Luego, uno de los salvajes gritó:

- ¡Mueran las máquinas!
- Eso es una estupidez. Una cosa que no vive, no puede morir, imbécil — dijo mi amo.

Aquel comentario enfureció al joven de tal modo que, sin poder contenerse, arrojó su garrote con tremenda fuerza. Mi amo se ladeó, pero no pudo evitar el impacto en el hombro izquierdo.

Varlan cayó. Los mozos, impresionados, se dieron a la huida. Pero al caer mi amo, la escopeta se disparó.

Un par de salvajes empezaron a chillar, a la vez que daban ridículos saltitos, con las manos en las posaderas. Yo tuve que refrigerar el circuito de la risa, porque el espectáculo era verdaderamente cómico.

Sin embargo, tuve que olvidarme de aquellos bárbaros y correr en ayuda de mi amo, aunque, por fortuna, no tenía la menor lesión y sí un disgusto terrible.

- Esos hijos de...—barbotó—. ¿Se habrán vuelto locos?
- No, señor; los han enloquecido.

Varlan me miró de soslayo.

- Creo que te entiendo, Jenkins — contestó.

Un aeromóvil se elevó de pronto desde un lugar situado a muy corta distancia. En un principio, Varlan pensó que sería el suyo, pero no tardó en advertir el error, al ver las cifras de matrícula, pintadas en uno de los costados.

- Son los salvajes — dije.
- Jenkins, éste no es lugar muy frecuentado. Unos chicos como los que nos han atacado, suelen gustar más de las zonas urbanas, ¿comprendes?
- Sí, señor. Significa que vinieron intencionadamente.

El profesor asintió.

—Voy a buscar la caza — dijo—. He cobrado dos conejos y un faisán. Espero que en tus circuitos memorísticos haya alguna receta de cocina, Jenkins.

El circuito de la sonrisa entró en funcionamiento.

- Puedo asegurar al señor que esta noche tendrá el banquete más delicioso de su vida — dije.

* * *

En Nellie actuaron de inmediato los circuitos de la preocupación, apenas se enteró del incidente ocurrido durante la cacería.

- Ese loco de Holyrood ha largado hoy otro de sus discursos — manifestó, una vez le hube enterado yo del suceso —. ¡ Caramba, profesor; parece que su voz es una trompeta tocando a degüello! —comentó.
- A ese tipo me gustaría machacarle las narices — rezongó Varlan—. En fin, será mejor que lo olvidemos. Voy a darme un baño.

Iba a ser difícil que lo olvidáramos. Aquella noche, alguien encendió una fogata a cincuenta metros de la casa.

Clavado en el suelo, pero sobresaliendo del material combustible más de cuatro metros, había un largo palo, con un gran cartel clavado en la punta. Las llamas iluminaron siniestramente el cartel:

«ALGUN DIA ACABARAN EN EL FUEGO

LOS AMIGOS DE LOS ROBOTS,

SI NO LOS DESTRUYEN ANTES»

Hirviendo de cólera, el profesor salió fuera de la casa, con la escopeta en la mano, pero no encontró a nadie. Nellie, por otra parte, tuvo que recurrir a sus mejores grabaciones para poder devolverle a la normalidad.

- Me han estropeado la digestión — se quejó mi amo, una vez hubo vuelto a casa.

En realidad, el guisado de conejo había salido fabulosamente. El faisán quedaba para el día siguiente; según las reglas culinarias inmemoriales, no convenía llevarlo a la cocina el mismo día de su muerte. Varlan tenía razón en sus lamentaciones.

Pero la cosa, a decir verdad, empezaba a preocupar muy seriamente. En el noticiario se informó de algunos incidentes con robots, que habían sido atacados sin previo aviso por algunos exaltados. La policía había practicado un par de detenciones, aunque los acusados debían haber sido puestos en libertad inmediatamente, ya que no habían causado daños a ningún ser humano.

- Pero ¿qué diablos pasa aquí? — dijo mi amo, al oír la noticia—. ¿Es que nos hemos vuelto todos locos?

En Nuevo Edén se habían producido más incidentes. Quejas de personas a las que no satisfacía el racionamiento implantado por el gobierno, en tanto no se solucionara el problema de la escasez de víveres. Respecto al suministro de energía, había vuelto a la normalidad. No obstante, se sabía que en la manifestación, enérgicamente reprimida por la policía local, habían aparecido un par de pancartas, con textos alusivos a un posible regreso a la Tierra. Nellie, como yo, presenciaba el programa, tras el profesor, y éste le preguntó cuál era su opinión sobre el particular.

- Si los gobiernos no hacen nada, ese movimiento subirá como la espuma — fue el sombrío vaticinio de la robot.
- Allí no tienen robots y se quejan. Aquí los tenemos y nos

quejamos — rezongó Varlan—. ¿Es que nunca podemos contentarnos con lo que tenemos?

- La insatisfacción, que acaba conduciendo a la frustración, es un sentimiento característico del hombre, señor— dije.
- No te quepa la menor duda, Jenkins.

Pero las sorpresas, al menos para el pequeño grupo compuesto por un humano y dos robots, no habían terminado todavía. Al día siguiente por la mañana, alguien llamó a la puerta.

Abrí, como era mi obligación. Un policía preguntó por mi amo.

- Está en su despacho. Dígame lo que tenga que comunicarle a él — respondí.
- Es que, precisamente, tengo que decírselo a él en persona — alegó el policía.

Naturalmente, tuve que ir en busca de mi amo. Entonces, el policía le puso en las manos un papel.

- ¿Qué diablos es esto? — preguntó Varlan.
- Una citación judicial, señor. Léala y se enterará de su contenido. Buenos días, señor.

El policía se marchó. Estupefacto, Varlan desplegó el documento, lo leyó y lanzó un terrible grito de cólera.

- ¡Indignante! ¡Canallesco!

Nellie salió del despacho.

- ¿ Qué le sucede, profesor? — preguntó.
- Me demandan por lesiones causadas por arma de fuego — respondió mi amo, con el rostro congestionado por la ira—. El arma se me disparó...
- Pero hay un herido, ¿no?
- Sí, claro. Unos cuantos perdigones...
- A ver, déjeme la citación.

El documento cambió de manos. Nellie lo leyó con suma atención. Al cabo de unos segundos, dijo:

- El señor puede ganar el pleito, si me deja encargarme de su defensa.

Varlan abrió la boca.

- Pero, Nellie...
- En mis circuitos tengo grabado todo lo referente a la carrera de leyes. Por tanto, puedo ejercer como abogado— contestó ella sorprendentemente.

He dicho «ella», ¿pero se puede aplicar este término a un robot?

Nellie volvió a estudiar la citación.

- La víctima se llama Roger DeVries y su abogado es Martin Van Kramm. Según mi memoria mecánica, uno de las luminarias del foro — añadió.

Varlan se dio una palmada en la frente.

- Entonces, puedo considerarme como perdido — exclamó.

Nellie conectó el circuito de la sonrisa.

- El señor tiene ganado su pleito — insistió.

CAPITULO IV

La vista del juicio estaba señalada para ocho días más tarde. Cuando fuimos al tribunal, oímos algunos gritos hostiles. Francamente, en mis circuitos había con frecuencia una sobrecarga de tensión. ¿Qué les habríamos hecho nosotros a los humanos, salvo beneficiarlos en todo?

Los prolegómenos del juicio fueron más bien rutinarios. Hubo una exposición de hechos, y luego Van Kramm, el defensor del demandante, solicitó una crecida indemnización para su cliente, además de una severa pena para el autor del disparo. Curiosamente, no hizo ningún comentario hostil contra mí. Esto, como puede comprenderse, no hizo sino provocar en mis mecanismos un aumento de tensión en los circuitos refrigeradores. Los otros circuitos estaban al rojo vivo.

Cuando Van Kramm, terminó, Nellie se puso en pie. El juez preguntó al abogado del demandante si tenía alguna objeción a que el demandado fuese defendido por un robot.

- Ninguna, señoría — contestó Van Kramm —. Si el demandado quiere perder la causa, no seré yo quien se lo impida.

La sala estalló en risas. Era un golpe de efecto hábilmente

buscado. El juez tuvo que usar su mazo para restablecer el orden.

Cuando Nellie se disponía a hablar, sonaron un par de estrepitosos silbidos.

- ¡Fuera robots!
- ¡Mueran las máquinas!

«Idiotas», pensé yo. De nuevo el juez tuvo que dedicar todas sus energías a conseguir silencio, en lo que fue eficazmente ayudado por los policías de servicio, que sacaron fuera a los alborotadores, sin demasiadas contemplaciones.

Mi amo estaba que se comía las uñas. Yo me imaginaba fácilmente sus pensamientos. Verse acusado por un salvaje, que había querido destruirme y que, además, le había agredido violentamente, debía de tenerle en un estado muy próximo al frenesí. Sobre todo, si se pensaba en que Nellie, pese a «tener» la carrera de Derecho, no había ejercido jamás ante un tribunal.

La robot inició al fin su parlamento:

—Señoría, admito que fue la escopeta de mi cliente la que causó las lesiones al demandante, lesiones, por otra parte, calificadas de mus leves, y ya curadas, por fortuna. Pero hemos de examinar los hechos que son causa de juicio ante este honorable tribunal. Mi cliente había ido de caza, actividad legítimamente permitida a un humano. Como acompañante, se llevó a su robot personal, cuya identificación figura en las actas del proceso. Cuando se hallaban tan tranquilamente en el campo, unos cuantos mozalbetes, quienes por cierto, no tenían la costumbre de pasearse por aquellos parajes, empezaron a insultar al robot y mostraron claras intenciones agresivas. Mi cliente apareció entonces y en aquellos momentos les reprochó su acción. Todos ellos, ténganlo bien presente, este tribunal, iban provistos de sendos garrotes, alguno de los cuales eran mangos de pico o de pala. Podría argüirse que eran bastones, pero también se pueden emplear como armas ofensivas.

»Y eso es lo que hizo el demandante: con todas sus fuerzas, que no son pocas, lanzó su garrote contra mi defendido, el cual, se ladeó ligeramente, aunque sin tiempo para evitar por completo el impacto, que lo derribó por tierra. Al caer, se disparó la escopeta... y sus perdigones hirieron al demandante en un punto especialmente sensible de su anatomía. Tengo entendido que aún se ve obligado a dormir boca abajo por las noches, aunque esto no es relevante...

Las risas interrumpieron de nuevo a Nellie. Al cabo de unos minutos, pudo continuar:

— Señoría — se dirigió al juez —, puedo probar de manera irrefutable que cuanto he dicho es la verdad, en contra de lo afirmado por el abogado Van Kramm. Mi cliente no sólo fue agredido, sino que ni siquiera se defendió, y el disparo de la escopeta fue meramente accidental.

Van Kramm se puso en pie.

- Con la venia — dijo —. La ley permite que un robot actúe como abogado defensor, si en su interior existen las grabaciones correspondientes a la carrera de Leyes. Pero si el robot abogado defensor piensa llamar al estrado de testigos al robot que acompañaba al profesor Varlan durante su excursión de caza, creo mi deber advertir que una de las cosas que todos los robots, sin excepción, tienen prohibida, es su actuación como testigos en cualquier juicio, sea de la clase que sea.

Nellie se volvió hacia Van Kramm.

- No pienso llamar al robot como testigo — manifestó—. Conozco bien la ley..., perdón, me la han hecho conocer a fondo y estoy enterada de esas limitaciones. Pero, como sin duda sabe el distinguido abogado defensor, todo robot graba fielmente cuanto captan sus circuitos visuales y auditivos. Por tanto, solicito de este tribunal se reproduzca, ante una pantalla adecuada, el desarrollo del incidente origen de este proceso. Así y no de otra forma, demostraré la inocencia de mi cliente.

Van Kramm se quedó con la boca abierta. Sonaron, incluso, algunos aplausos.

Los ojos del juez se posaron en Van Kramm.

- ¿Qué tiene que alegar el abogado de la parte demandante? — preguntó.

Van Kramm empezó a recoger sus papeles.

- Retiramos la demanda, Señoría — contestó.
- Muy bien — dijo el juez—. ¿Alguna objeción? — se dirigió a Nellie.
- Ninguna, Señoría; me conformo con la decisión del señor Van Kramm.

En su asiento, Roger DeVries nos miró malignamente. Entonces fue cuando me di cuenta de que parecía un mozalbete, pero que, en realidad, pese a su cara de niño, ya no cumpliría los veinticinco años.

Era un hombre hecho y derecho, capaz de pensar mucho y con tantos escrúpulos como un león hambriento. Aquella mirada me hizo lamentar que los hombres, al construirme, no me hubieran colocado el circuito de la profecía, aunque utilizando el especulativo de conexión total, era fácil presentir que el mozo iba a damos mucha guerra.

Cuando salimos del tribunal, volvieron a oírse gritos contra los robots. La Policía tuvo que dispersar a la muchedumbre congregada ante el edificio. Mi amo se puso pálido.

- Las cosas no mejoran — murmuró.

De pronto, se oyó una voz tonante:

- ¡Los humanos estamos perdidos! ¡Ahora permitimos que las máquinas tomen nuestro puesto en los tribunales de justicia! ¿Cuánto tardarán los robots en constituir un gobierno que nos convertirá en sus esclavos?

Me volví para grabar en mis circuitos la imagen del fanático predicador. Entonces, con sorpresa, reconocí a Holyrood, alto, delgado, huesudo, con ojos llameantes y una barba ondulante al viento, que le confería el aspecto de un profeta bíblico.

- Así es, hermanos, así será — tronó otra vez —. Un día, ellos serán nuestros amos y nosotros nos humillaremos a su paso... Nosotros, los hombres, el ser supremo de la Creación, nos veremos reducidos a la más abyecta servidumbre...

Mi amo tuvo un momento de lucidez y dio una orden:

- Nellie, Jenkins, será mejor que nos larguemos de aquí cuanto antes.

Holyrood quedó ante el tribunal, perorando demencialmente. Había muchos que se bebían sus palabras. ¿Iba a producirse una revolución contra los robots?

* * *

Tres días después, mi amo recibió la visita de un antiguo conocido, al que hacía años no veía.

Era Sam Yellysh, ingeniero robótico. Los dos hombres charlaron durante un tiempo de los viejos tiempos de estudiante y luego Yellysh entró en materia.

- Tengo que hacerte una proposición — dijo.
- Lo que gustes, Sam. Si está en mi mano...
- Verás, pertenezco a la División de Perfeccionamiento de Robótica... He investigado durante muchos años y he llegado a la conclusión de que los robots actuales son todavía muy imperfectos.
- Como toda obra humana, claro — dijo mi amo con ironía.
- Bueno, comparados con los primeros, que empezaron a construirse hace más de cien años, son unas máquinas maravillosas. Pero les falta algo.
- Saben sonreír, Sam. Claro que no pueden llorar, pero maldita falta que les hace. En cuanto a lo demás, no se puede uno quejar de lo que hacen.
- Sí, lo sé de sobra. Pero antes de proponerlo a mis superiores, me gustaría instalar el nuevo circuito en tu robot.
- ¿Cuál de los dos?

Yellysh se quedó sorprendido.

- ¡Ah! Pero ¿tienes dos?
- Me asignaron otro más hace algunos días...
- Bueno, el que quieras, me es igual.
- Todavía no me has dicho de qué se trata, Sam.
- Circuito olfativo, Joe.

Mi amo se quedó mirando a su amigo como si estuviese ante un demente.

- Un circuito olfativo — resopló.

Sí — confirmó Yellysh, imperturbable—. Los robots tienen ya el sentido de la vista y el oído y, hasta cierto punto, el del tacto. El circuito olfativo servirá para perfeccionarlos más todavía, pero, claro está, me gustaría hacer la prueba con un robot digamos de toda confianza.

- ¿Y por qué no con cualquiera de los de tu fábrica?

- Las cosas están un poco revueltas ahora — rezongó Yellysh—. Ya sabes, tú mismo te has visto envuelto en un proceso nada agradable. A la gente le ha dado por decir ahora que los robots pueden ser la perdición de la humanidad y el consejo directivo está dividido. La fabricación normal continúa, pero las investigaciones están poco menos que paralizadas.
- Creo que comprendo — murmuró Varlan —. Sam, ¿qué opinas tú de todo esto?
- Es un movimiento provocado por lunáticos irrazonables, que puede producir más daños todavía de los que pretende evitar. No sé qué otra cosa decirte, ya que carezco de elementos de juicio suficientes. Sé, más o menos, lo mismo que sabes tú, Joe.

Mi amo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

- Sam, si mi robot no sufre ninguna alteración en los demás circuitos, te concedo el permiso para probar el olfativo — dijo.
- No habrá alteración. Seguirá con toda normalidad, aunque, por supuesto, a partir de ahora, podrá distinguir los olores.
- Espero que no descubras algún día el circuito gustativo. Tendríamos que construirle un aparato digestivo — exclamó Varlan riendo.

Yellysh rió también de buena gana. En aquellos momentos, yo estaba ocupado con las faenas caseras, por lo que mi amo llamó primeramente a Nellie.

- ¡Caramba, qué bien fabricado está este robot! —se asombró el ingeniero —. Si no supiese que es una máquina, le arrearía un buen pellizco.
- No seas lujurioso y búscate una mujer de carne y hueso —aconsejó mi amo—. Nellie, el ingeniero Yellysh ha construido un circuito olfativo y desea probarlo.
- No me hace ninguna falta ese circuito, señor — contestó la robot con presteza—. Aunque si me lo ordena...

Yellysh alzó el dedo índice.

- A fin de cuentas, los robots actuales han desarrollado una especie de voluntad propia, que les hace concebir vagos sentimientos de simpatía o antipatía. Sus circuitos rechazan instintivamente, dentro de lo que esta palabra significa en un robot, la implantación de un nuevo circuito, por lo que

correríamos el riesgo de no obtener resultados satisfactorios. Llama al otro, Joe, por favor.

Yo vine a los pocos momentos y dije que me gustaría oler las flores del jardín y captar el aroma de un buen guisado. Yellysh se mostró satisfechísimo de mi decisión.

- En realidad, no es un sentido del olfato estrictamente hablando, sino un circuito identificador de moléculas olorosas. Pero el resultado es el mismo — explicó.

Varlan movió una mano.

- Bueno, ahí tienes a tu paciente; ya puedes empezar a trabajar con él — dijo.
- Si el señor no tiene inconveniente, creo que el ingeniero y yo estaríamos mejor en el cobertizo de herramientas del jardín — propuse—. Hay espacio de sobra, luz abundante...
- ¡Trato hecho! ¡Vámonos, Jenkins!

Mi amo y Nellie quedaron a solas.

Ella dijo:

- Esto no me gusta. ¿Para qué necesitamos los robots el sentido del olfato?
- Bueno, ser más perfecto nunca está de más, creo yo.
- Si van a destruirnos, el trabajo de su amigo resultará inútil.

Nellie se marchó y mi amo quedó sumamente perplejo después de aquellas palabras. Yo calculo que debería estar preguntándose por los motivos de una actitud tan displicente, pero como en el mismo momento sonó el zumbador de llamada del videófono, dejó de preocuparse por el asunto.

El que llamaba era su amigo Shamrock:

- Necesito verte, Joe — dijo.
- ¿Ahora mismo?
- Oh, no corre tanta prisa y, además, tengo mucho trabajo. Pero he conseguido dejar un hueco en mi jornada de mañana. A las once, si te parece bien.
- Seré puntual, Eddie.

Luego, mi amo fue a su despacho y volvió al trabajo.

Una hora más tarde, Yellysh y yo volvimos a la casa.

- Es una lástima que un robot con una figura tan bonita no utilice un perfume para semejarse más a una mujer — dije.

Varlan me miró con asombro.

- ¿Hueles, Jenkins? — preguntó.
- La respuesta correcta es: identifico las moléculas olorosas, señor. Usted huele ahora a loción, porque se ha afeitado hace poco, y también a tabaco, porque ha fumado una pipa no hace mucho. Capto también el olor del papel y de la madera y...
- Basta, Jenkins. —Varlan se volvió hacia el ingeniero—. Sam, has hecho una buena labor — elogió.

Yellysh sonrió, complacido.

- Te llamaré de cuando en cuando, para comprobar el perfecto funcionamiento del circuito — se despidió.

Yo simulé aspirar el aire largamente.

- ¡Aaaahhhh...! La vida es otra, percibiendo los olores ambientales — exclamé.
- Así no tendrás que depender tanto del reloj de la cocina, cuando hagas un asado — rió el profesor. Luego se volvió hacia el robot —. Nellie, necesito que me acompañes mañana.

—¿Sí?

- Voy a entrevistarme con el consejero Shamrock y calculo que me resultará útil grabar la conversación.
- Bien, señor.

CAPITULO V

- La situación empeora y lo malo de todo es que no acabamos de conocer bien sus causas — dijo Shamrock a la mañana siguiente. Tomó unos papeles de su mesa y los blandió en alto—. Es algo reservado por ahora, pero tenemos informes de que han sido destruidos dos robots.
- Por humanos, naturalmente.
- Sí. Los propietarios han presentado reclamación contra los atacantes, pero éstos no han sido identificados.
- Eddie, ¿ a quién beneficiaría la destrucción de todos los robots?
- Eso es lo que tenemos que averiguar. ¿Qué has conseguido tú?
- Haces unas preguntas... —Mi amo rió de mala gana—. Eddie, vosotros disponéis de perfectísimas computadoras, que pueden reunir todos los datos, analizarlos y dar una respuesta en cuestión de segundos. ¿Cómo puede, un simple profesor de Historia Psicopolítica, dar esa respuesta sólo por medio de especulaciones hacia el futuro, basadas en hechos pasados, de mayor o menor analogía?

El consejero se inclinó hacia adelante.

- Es que se trata de un problema específicamente humano,

causado por humanos y que las máquinas no pueden resolver, por muchos conocimientos que alberguen en sus circuitos —dijo.

Varlan se acarició el mentón.

- De acuerdo — contestó—. Pero si quieres una respuesta, que ya anticipo no será sino una simple opinión, necesito todos los antecedentes del caso. Absolutamente todos, ¿comprendes?
- Me imaginaba que pedirías algo al respecto — sonrió Shamrock.

Alargó la mano y tocó un maletín de ejecutivo que tenía sobre la mesa.

- Ahí tienes un buen montón de papeles para estudiar. Nombres, cifras, fechas... Terrestres y edenitas, sin hacer ninguna excepción.
- En esos papeles, ¿ está incluido el historial del fanático Holyrood?
- Por supuesto. Es el personaje principal, el villano de la comedia.
- Nellie, el maletín — ordenó mi amo, a la vez que se ponía en pie.
- Sí, señor.

Varlan y Shamrock se estrecharon las manos. Cuando ya se disponían a salir, Nellie le dijo algo al oído. Varlan asintió y se volvió hacia el consejero.

- Ve tranquilo — contestó Shamrock.

Varlan y Nellie abandonaron el edificio del gobierno. Entraron en el aeromóvil y el aparato despegó inmediatamente, pilotado por la robot.

Entonces, mi amo recordó algo.

- Nellie, condúzcame a la Avenida Setenta — dijo —. Tengo que hacer unas compras.
- Sí, señor.

Minutos más tarde, mi amo entraba en un local, del que volvió a salir a la media hora, cargado con un gran bulto. Fue al aeromóvil y se extrañó de no ver a Nellie en su asiento.

- ¿Dónde se habrá metido...?

El profesor miró a derecha e izquierda. De pronto, lanzó una exclamación. Nellie estaba parada ante el escaparate de una tienda.

Varlan dejó el paquete en el aeromóvil y se fue hacia la robot. Nellie pareció presentir su proximidad y volvió rápidamente.

- Oh, dispénseme, profesor; estaba tomando información para mis circuitos — se disculpó.
- Está bien, no te preocupes. Anda, vamos; tenemos mucho trabajo.

Cuando el profesor y Nellie llegaron a casa, me encontraron a mí, parado en medio de la sala, completamente rígido, una estatua de metal y plástico.

* * *

La caja que traía el profesor era un tanto pesada y se quejó de que no hubiera salido a recibirle.

Yo no contesté nada.

- ¿Te has vuelto mudo, Jenkins? — gruñó Varlan, un tanto irritado.

Entonces, alguien dijo:

- Es mudo porque yo se lo he ordenado, profesor.

Varlan se volvió. Por la puerta que daba a su despacho, asomaba un individuo, que empuñaba una pistola de ancha boca. El intruso sonreía de una forma especial.

Detrás de él, surgió otro, igualmente armado.

- Hola, profesor — saludó.
- ¿Qué es esto? — gritó Varlan—. ¿Cómo se atreven...?

Roger DeVries se acercó a Nellie y le quitó el maletín.

- Es todo lo que queríamos — dijo —. Vámonos, Sandy.

Yo continuaba absolutamente inmóvil. DeVries, riendo sardónicamente, miró a Nellie.

- Lástima que seas un robot. Si fueses una mujer de carne y hueso, tú y yo podríamos hacer grandes cosas — dijo.

Nellie, lógicamente, guardó silencio. Varlan, bajo la amenaza de las pistolas, no se atrevía a reaccionar.

- Destruiremos las máquinas, profesor — amenazó el salvaje, mientras se retiraba hacia la puerta, seguido de su compinche.
- Un momento, Roger — dijo Varlan de pronto.

DeVries se detuvo junto a la entrada.

- ¿ Sí, profesor?
- Empiezo a sospechar que el ataque del otro día no fue tan casual como queréis que parezca. Pero eso, en el fondo, no tiene importancia. Lo que sí importa es saber por cuenta de quién estáis actuando.

DeVries contestó con una risa baja, llena de desdén.

- Los robots deben desaparecer — insistió.

Segundos más tarde, DeVries y su compinche habían

desaparecido de nuestra vista. Entonces, yo pude moverme.

- Lo siento, señor. Ellos me ordenaron permanecer quieto y tenía que obedecerles, porque son humanos — me disculpé.

Varlan puso una mano sobre mi hombro.

- Alivia la tensión de tus circuitos, Jenkins. No ha pasado nada — contestó.
- ¿Traían algo importante en ese maletín? — pregunté.

—Sí.

Mi amo se acercó al videófono y marcó una cifra. A los pocos segundos, mis circuitos visuales captaron la imagen del consejero Shamrock.

- Eddie, ha sucedido exactamente lo que sospechaba mi ayudante Nellie — dijo.

- Te han robado el maletín, ¿eh?

— Sí.

- Está bien. Era algo que se podía prever. Mejor dicho, que tú supiste prever.
- Fue cosa de mi robot, Eddie.
- Es un buen robot. Adiós, Joe.

Mi amo cortó la comunicación. Luego se volvió hacia Nellie.

- Ya has oído — dijo.
- Gracias, señor — contestó la robot inexpresivamente.

Entonces, mi amo señaló la caja que había comprado.

- Llévala al despacho y déjala sobre la mesa — ordenó.
- Sí, señor.

* * *

La copia de los documentos robados llegó a la mañana siguiente, por un mensajero especial. Entonces, mi amo se encerró en su despacho y empezó a trabajar.

Primero, por medio de una grabadora no robiónica, copió todos los documentos, reduciéndolos a tarjetas de ocho por dieciséis centímetros. Una vez realizada la tarea, insertó sucesivamente las tarjetas en una ranura de la máquina que había comprado la víspera. Al terminar, pulsó un interruptor y esperó.

Una hora más tarde, la máquina, una analizadora de probabilidades, había emitido su informe.

Mi amo lo leyó y estuvo a punto de desmayarse.

* * *

- Es demasiado terrible — dijo Varlan, después de informarnos de los resultados de la tarea.
- No pretenderán volar la Tierra — exclamó Nellie.
- Lo que pretenden es bien sabido — dije yo con aire de suficiencia.

El consejero Shamrock llegó en aquel momento.

- Creo que tenías algo importante que decirme, Joe — manifestó, después de los primeros saludos.

Varlan le tendió la respuesta de la analizadora. Con grave semblante, Shamrock se entregó a la lectura, en medio de un completo silencio. Al cabo de unos minutos, levantó la vista y dijo:

- ¿Qué me aconsejas, Joe?

Varlan rió suavemente.

- Aconsejar a un consejero. ¿No es un contrasentido?
- Déjate de juegos de palabras...
- Esto es demasiado serio, Eddie. Si quieres mi opinión, te la diré con absoluta sinceridad. Aunque más que opinión es... Bien, necesito carta blanca para actuar, eso es todo.
- ¿Podrás hacerlo?
- Lo intentaré.
- Carta blanca no significa permiso para matar, Joe.
- Pero sí para defenderme en caso necesario.
- Está bien. Sin embargo, no puedo darte un documento. Tendrás que hacerlo extraoficialmente.
- No importa. Estoy decidido, Eddie — contestó mi amo resueltamente.

Shamrock se puso en pie.

- Entonces, cuenta con mi apoyo incondicional — prometió.
- Gracias. Una última pregunta, Eddie.
- Dime, Joe.
- ¿Cuáles son tus relaciones con el Secretario de Asuntos Extraterrestres?
- ¿Te refieres a Juan Alcántara?
- Sí, el mismo.
- Magníficas. Es hombre de toda confianza. Hemos comentado la situación y sus opiniones coinciden plenamente con las mías.
- Muy bien. Cuando puedas, háblale de mí.

- Lo haré, Joe.

Shamrock se dirigió hacia la puerta y mi amo le acompañó, quedándose en el umbral, hasta que el aeromóvil empezó a levantar el vuelo. De repente, cuando el aparato había llegado a unos cien metros de altura, se produjo la explosión.

Mis circuitos visuales captaron un vivísimo chispazo. Tuve tiempo de hacer reaccionar los circuitos auditivos, a fin de amortiguar el impacto sonoro de la explosión. Fue muy ruidosa.

Luego, fragmentos de metal empezaron a caer por todas partes. Algo se estrelló contra el jardín con ruido sordo. Mi amo vio la mano separada de su brazo humano y se puso a vomitar.

Este sentimiento está vedado a un robot, de modo que busqué un trozo de plástico y envolví aquella mano que, según apreciamos más tarde, era todo cuanto quedaba del consejero Shamrock.

Ya no cabía la menor duda; a los robots nos habían declarado la guerra. Y nuestros enemigos estaban dispuestos a aplastar a los humanos que nos apoyaban, por alta que fuera su posición.

* * *

Dos días más tarde, la televisión, entre las noticias que hablaban de un aumento de los sentimientos hostiles hacia los robots, dio una que preocupó notablemente a mi amo:

El locutor dijo:

- En el fondo del Cañón Wollerbee se han encontrado los restos de un aeromóvil estrellado primeramente e incendiado a continuación. En su interior se hallaba el cadáver, completamente carbonizado, de una persona, la cual, tras arduos esfuerzos, ha sido identificada como Sam Yellysh ingeniero robiónico...

Varlan se hundió en el sillón al escuchar la noticia y se tapó la cara, con las manos.

- Dios mío, Sam también — gimió.

- Están dispuestos a todo — dijo Nellie.
- Matar humanos... para destruir máquinas... Eso es absurdo — exclamé yo.

Nellie, más práctica, llenó una copa y se la dio a nuestro amo.

- Tome un trago, profesor; lo necesita — dijo.

Varlan inspiró profundamente.

- No puedo creerlo — murmuró —. Sam y yo éramos buenos amigos, aunque hacía mucho tiempo que no nos veíamos...

La televisión seguía funcionando. De pronto, el locutor anunció:

- Y ahora oirán ustedes el último discurso de Jebeddiah Holyrood...
- ¡Apaga eso ahora mismo! — rugió Varlan.

Cambié una mirada con Nellie. «Ella», si se puede

emplear este pronombre al hablar de un robot, me entendió en el acto.

- Señor, si me permite...
- Te he dado una orden. ¿Tienes descompuestos tus malditos circuitos auditivos?
- No, señor. Obedeceré, aunque he de permitirme darle un consejo — dijo Nellie mientras avanzaba hacia el televisor —. Si va a luchar contra Holyrood, sepa cómo piensa.

Junto al aparato, con la mano sobre el interruptor, agregó:

- No se puede emprender un combate sin conocer bien al adversario.

Varlan apretó los labios.

- Está bien, oiremos a ese condenado charlatán — cedió finalmente.

El discurso de Holyrood alcanzó una virulencia inaudita, pero con un final sorprendente:

- Hermanos, los que tenéis necesidad de consuelo, los afligidos que os sentís oprimidos por las máquinas, los que

queréis ser hombres y, por tanto libres, venid a mí. Yo os consolaré, yo suprimiré vuestra aflicción y os haré libres. ¡Venid a mí, hermanos, venid!

CAPITULO VI

El profesor acudió a la llamada de Holyrood.

Varlan, sin embargo, dejó transcurrir algunos días, Cesó de afeitarse y su barba empezó a cubrirle las mejillas. Por la televisión, teníamos puntual información de las gentes que acudían a la residencia de Holyrood, a pedirle consuelo y rogarle que los hiciera libres. Luego, poco a poco, la afluencia de chiflados empezó a decrecer.

Para entonces, dos semanas más tarde, mi amo ya tenía una barba apreciable. Dejando de lado su vestimenta habitual, se puso una túnica larga, sencilla, sin adornos y se marchó de casa.

Una hora más tarde, su aeromóvil se posaba en el exterior de un recinto murado, que encerraba un frondoso jardín, en el centro del cual había una lujosa residencia. Cuando Varlan llamó a la puerta, una verja que permitía el acceso, un hombre acudió a recibirle.

Era un sujeto alto, membrudo, vestido con una especie de uniforme gris acero y un ancho cinturón, del que pendía una pistola calibre 16 mm., capaz de partir a un hombre en dos con un solo disparo. El arma era sin retroceso, naturalmente, o habría destrozado la mano del tirador en el momento de apretar el gatillo.

El uniforme consistía en chaquetilla corta, cerrada de cuello, pantalones ajustados y botas negras de media caña. «La vestimenta del perfecto esbirro», pensó Varlan en aquel momento, según nos contó a su regreso.

— ¿Qué quieres? — preguntó el guardia con muy escasa amabilidad.

- Ver al profeta — dijo Varlan—. Deseo hablar con el hombre que nos va a liberar de la aflicción y conducirnos nuevamente a la libertad.
- Está bien, pasa... pero habrás de permitirme que registre. Hay fanáticos adoradores de las máquinas, que odian a nuestro jefe supremo y que harían cualquier cosa por borrarle de la faz de los vivos. No te enojes por ello y piensa en lo preciosa que es la vida de Jebeddiah.

«Tiene bien aprendido el discursito», se dijo Varlan para sus adentros.

La verja se abrió. Otro guardia apareció y contempló fríamente el registro que su compañero hacía al profesor. Al terminar, el primero movió la mano:

- Acompáñale a presencia del profeta, hermano Dinorr.
- Sí, hermano Calvin.

Varlan caminó por el jardín, acompañado de Dinorr, observando que estaba muy bien cuidado. Era un lugar realmente ameno, en el que, incluso, no faltaba una piscina de atrevido diseño. En realidad, la piscina era un gran cubo transparente, montado al aire, con escaleras automáticas para los bañistas. La audaz construcción de la piscina, treinta metros de largo por veinte de ancho y cinco de profundidad, hacía que los bañistas pudieran ser vistos desde cualquier sitio. Varlan no pudo por menos de calcular la cantidad de agua contenida en aquel colosal recipiente: tres mil metros cúbicos, Evidentemente, el hermano Jebeddiah curaba su aflicción de una manera muy eficaz.

Varlan entró en la casa y fue conducido a una gran sala, de suelo espejante, forradas las paredes en su mayor parte por unos enormes cortinajes de color rojo oscuro. El suelo, en cambio, era de mármol artificial, coloreado de amarillo, de tal forma que parecía de oro puro.

Al fondo de la sala, de trazado semicircular, había una especie de pebetero, sobre un enorme pedestal, al que se llegaba por medio de seis escalones circulares. De repente, un hombre apareció ante los ojos

del visitante.

- ¿Qué quieres? — preguntó.
- Recibir la luz de las palabras del hermano Jebeddiah — contestó Varlan solemnemente.
- Cuando hables del que nos da la luz, llámalo Hermano Mayor. Yo soy Shinool, su hombre de confianza y ayudante íntimo, el que conoce los menores pensamientos de nuestro Hermano Mayor.

Varlan se inclinó.

- Es para mí un gran honor conocer al que goza de la intimidad del Hermano Mayor — dijo.
- ¿Cuál es tu nombre, hermano?
- Joseph.

Shinool asintió.

- Veré si el Hermano Mayor puede acudir a iluminarte. Está meditando y... Pero debes saber una cosa, hermano Joseph.
- Dime, hermano Shinool.
- Nuestro gran Jebeddiah realiza su maravillosa tarea de un modo absolutamente desinteresado. No obstante, debes comprender que hay gastos ineludibles. En este mundo tan prosaico en que vivimos, el dinero resulta asquerosamente indispensable.
- Oh, comprendo. Me estás hablando de un donativo para la gran causa que con tanto ahínco defiende el Hermano Mayor.
- Exactamente.
- Entonces, señala tú mismo la cifra.
- ¿Puedes... mil? ¿O es mucho para ti?

Varlan trató de ocultar sus pensamientos, tras una máscara de impasibilidad.

- Daré dos mil — dijo.

Sacó los billetes y se los entregó a Shinool, quien sonrió, evidentemente complacido.

- El profeta tendrá en cuenta tu generoso donativo — dijo —. Trataré de interrumpir su meditación...
- Oh, no tengo prisa. Yo puedo esperar aquí. Deja a nuestro amado Hermano Mayor que medite cuanto sea preciso.
- Está bien. De todos modos, creo que te recibirá muy

pronto.

Shinool se marchó por una puerta lateral. Varlan quedó solo en la estancia, mientras contemplaba especulativamente el pebetero, apagado en aquellos momentos.

Pasaron unos minutos. De pronto, Varlan creyó escuchar una risilla femenina.

* * *

Aquello era muy extraño, fue lo primero que pensó Varlan. Luego, dándose cuenta de que, pese a todo su aparato, Holyrood no era sino un hombre, avanzó de puntillas hacia los cortinajes.

La risita se repitió.

- Vamos, nena... — sonó una ronca voz de hombre.

Varlan apartó ligeramente los cortinajes. Al otro lado

había una habitación sin otro mueble que una barra de bar magníficamente provista. El resto era un suelo con un pavimento alfombrado, de diez centímetros de grosor, y numerosos cojines de vivos colores. Recostados contra un montón de almohadones estaban Jebeddiah y una hermosa mujer, de negros cabellos, risa fácil y escasa vestimenta.

En aquel momento, Holyrood se dedicaba a mordisquear el blanco cuello de la mujer. Ella reía y pronunciaba frases que se relacionaban con su virtud, aunque claramente se veía no que estaba dispuesto a perderla, sino que no la había conocido en los días de su vida.

La mano del embaucador se movía codiciosamente sobre el bien formado cuerpo de la mujer. De pronto, ella vio un rostro que miraba a través de la rendija de las cortinas y lanzó un chillido.

- ¡ Jebbie!

«Bonito diminutivo», pensó Varlan.

Holyrood volvió la cabeza. Inmediatamente, lanzó un rugido de ira.

- ¡Shinool! —aulló.

Varlan se dijo que lo que más le convenía en aquellos momentos era poner los pies en polvorosa. La entrevista podía darse por fracasada. Holyrood no perdonaría nunca que su imagen quedase deteriorada por la indiscreción de un supuesto afiliado a su religión antimaquinista.

El profesor giró sobre sus talones. Cuando estaba llegando a la puerta de la sala, Shinool apareció ante él, empuñando una pistola.

- ¡Quieto! —gritó el sujeto.

Varlan fue más rápido y disparó su puño derecho con todas sus fuerzas. Shinool cayó de espaldas con los pies por alto. Varlan aprovechó la ocasión y se apoderó de la pistola.

Detrás de él se oían gritos e imprecaciones de todos los calibres. Varlan alcanzó la salida y se dispuso a cruzar el jardín a toda velocidad.

Un megáfono tronó en alguna parte:

- ¡No le dejen escapar! ¡Lo quiero vivo!—clamó Holyrood.
- ¡Alto, alto! — gritó uno de los guardias.

Dos esbirros más surgieron de la parte trasera de la casa. Varlan no se detuvo, sino que aceleró todavía más la velocidad de su marcha.

De repente, se dio cuenta de que pasaba frente a la piscina. Corrió unos pasos más y luego, volviéndose, empezó a disparar contra la pared transparente.

Tras el primer disparo, apareció una larga raya en el material transparente, con algunas estrías. Varlan insistió, con cuatro proyectiles más.

Súbitamente, se oyó un aterrador crujido.

La pared reventó espectacularmente. Tres mil toneladas de agua se vaciaron sobre el jardín, de forma casi instantáneamente, arrasando cuanto encontraban a su paso. Los dos guardias que habían salido tras él, fueron arrastrados como peleles por aquella enorme ola, que acabó

por chocar contra la tapia, derribándola como si fuese hecha de simple papel.

La confusión era absoluta. Varlan corrió hacia la puerta. Dinorr estaba allí, pero al ver que la pistola del visitante disparaba contra él, escapó a toda velocidad.

Varlan consiguió al fin llegar a su aeromóvil. Cuando se elevó en el aire, contempló desde la altura los destrozos causados por los disparos de su pistola. Sonrió satisfecho, mientras se alejaba a la máxima velocidad posible.

- De todos modos, ha sido un placer muy caro — refunfuñó Nellie, una vez enterada de la aventura corrida por el profesor.
- A veces, envidio a los humanos — dije yo—. Me hubiera divertido como un bárbaro, viendo romperse la piscina del servidor de los afligidos.
- Sí, él da consuelo con buenas palabras, pero se consuela de una forma muy distinta — rezongó mi amo.
- Bueno, no irá a decirme que la chica no le prodigaba buenas palabras — dije, con el circuito de la risa a plena potencia—. Y, a fin de cuentas, los humanos tienen debilidades, ¿no?
- ¡Es un estafador, Jenkins! —vociferó Varlan.
- Pero un estafador muy hábil — terció Nellie —. Está desempeñando un papel que le gusta, en primer lugar; luego, es utilizado por alguien y aunque lo sepa, se le importa un rábano. Quiere aprovecharse de la situación, eso es todo.
- Si es utilizado por otros, ¿quiénes son? — preguntó Varlan.
- La respuesta vino de la analizadora — le recordé yo.
- Están muy lejos, Jenkins.
- Entonces, sáquelos de su madriguera.
- ¿Quieres decir que...?
- Exactamente eso que está pensando, señor.

Nellie alzó una mano.

- Jenkins, ¿te das cuenta de que al sugerir al profesor Varlan que realice esa acción puedes dañar a unos humanos, cosa que, al igual que yo, tienes prohibida por tu condición de robot?
- ¿Hemos de consentir entonces que unos humanos que se muestran pacíficos y cooperadores sufran daños por las acciones de otros que ambicionan el poder que no pueden conseguir por

medios legítimos?

- Jenkins, todo lo que estamos hablando aquí hasta ahora son meras especulaciones — dijo Varlan—. Naturalmente, tú no deseas dañar a algunos humanos, pero es lícito que aconsejases a otros humanos sobre la forma de defenderse de ciertas acciones carentes de ética. Tú no me has aconsejado que cause daño físico a esos humanos, ¿verdad?

Me incliné respetuosamente.

- Así es, señor — confirmé.
- En tal caso, veré la forma de poner en práctica ese consejo. Sí, sacar de la madriguera a los amigos del Hermano Mayor resultaría muy útil. Hasta ahora, sólo Holyrood es la cabeza visible del M.A.M.; y es probable, incluso, que en sus principios adoptase una actitud irreprochablemente sincera. Pero luego, con la recluta de adeptos a su movimiento se ha corrompido.
- O lo han corrompido — dijo Nellie.
- El resultado final es el mismo. Holyrood es el mascarón visible de ese movimiento antimáquinas y alguien está detrás de él, financiándolo, incluso, lo cual explicaría la lujosa residencia que yo he tenido el placer de destrozar en parte. Pero ¿quiénes son ellos?
- Si el señor me lo permite, le recordaré el último consejo de su buen amigo el consejero Shamrock — habló Nellie de nuevo.
- Sí, visitar al consejero Alcántara — convino mi amo—. Eso será más difícil, porque no le conozco y porque, dado su cargo, tendré que solicitar la entrevista a alguno de sus innumerables secretarios. En fin, empezaré a pensar en la forma de llegar cuanto antes hasta tan importante personaje.
- ¿ Cree que la entrevista será fructífera?
- Por lo menos, algo positivo resultará de ella.

Yo empecé a llenar una copa. Era la hora del aperitivo de mi amo.

- Tengo una viva curiosidad por saber una cosa, señor — dije.
- Habla, Jenkins.
- ¿Cómo consiguió usted abrirse paso a tiros, entre tanta gente armada?
- He estado pensando en ello, no creas — sonrió mi amo—. Y hay una respuesta lógica, a mi entender. En esta época, la

gente no está acostumbrada a tipos truculentos, pistoleros o matones como los que había hace tres o cuatro siglos.

- Holyrood dispone de varios de esos pistoleros — alegó Nellie.

- Sí, pero tienen un defecto gravísimo: como yo, no están acostumbrados a enfrentamientos violentos y sienten superioridad hacia quienes se impresionan ante su presencia. Ahora bien, como les ataqué como un energúmeno, resulté más valiente que ellos, eso es todo.
- Lo que importa es que no le hayan seguido, señor.
- Oh, no, ya tuve buen cuidado de viajar en línea recta hacia el Sur más de doscientos kilómetros. Luego di un gran rodeo por el lado meridional de la Sierra, aunque, desde luego, sé que no me siguieron, y salí a los canales de tráfico normales del Noroeste. De ese modo, les resultó imposible conocer mi procedencia, aparte de que mi aspecto físico ha cambiado notablemente.
- Entonces, el problema es la entrevista con el consejero Alcántara.
- Hasta cierto punto, el inmediato. Hay otros problemas muchos más graves, por supuesto.
- Lo mejor será que prepare la cena — intervine—. Esta noche, por supuesto, el señor no va a entrevistarse con el consejero Alcántara, así que lo que más le conviene, con el debido respeto, es despreocuparse de este asunto por el momento.

Varlan sonrió. Era un buen consejo, ciertamente. Pero a la mañana siguiente, el profesor recibió a un enviado personal de Juan Alcántara con un mensaje de éste, en el que le invitaba a una entrevista en su despacho oficial a las doce del mediodía.

- ¡Caramba!—exclamó mi amo, sinceramente asombrado —. Parece como si el consejero me hubiera adivinado el pensamiento.

CAPITULO VII

A las once, mi amo se dirigió a la pequeña explanada donde estacionaba su aeromóvil. Cuando llegaba al aparato, vio a un hombre apoyado con aire negligente en el costado metálico.

El profesor se detuvo de inmediato. Roger DeVries *Cara de niño,* parecía muy ocupado en limpiarse las uñas con una navaja automática.

- ¿Adónde va, profesor? — preguntó, displicente.
- Tengo asuntos que resolver en la ciudad — contestó mi amo.
- ¿Por qué no se queda en casa? Aquí, en el campo, se está muy bien. Aire puro, tranquilidad, árboles, flores, hierba... Quédese, profesor, quédese.
- Apártese del aeromóvil, por favor.
- Estoy muy bien aquí, profesor.
- Apártese o lo apartaré yo.

Cara de niño exhaló una irónica risotada.

- ¿Usted? Tiene ganas de broma, profesor — dijo, burlón.
- Roger, si le pasa algo, usted se lo habrá buscado, ¿entendido?

Mi amo hacía visibles esfuerzos por dominar su indignación. DeVries, en cambio, parecía disfrutar mucho burlándose de él.

- No me va a pasar nada, profesor. Y se lo ordeno por última vez: vuelva adentro, a su casita, a meter la nariz entre sus libros — dijo el mozo.

Varlan pareció meditar un poco. De súbito, dio media vuelta. DeVries se relajó, pero antes de que pudiera aprestarse a la acción, mi amo cayó sobre él, le arrancó la navaja de la mano y luego inició el vapuleo, primero con los puños y después con los pies. Cuando terminó, DeVries era un pingajo quejoso y sollozante.

Mi amo abrió la portezuela del aeromóvil y arrojó a su interior el cuerpo semiinconsciente del provocador. Luego fue al puesto del piloto y el aparato se remontó en el acto.

Unos minutos más tarde, cruzaba por encima del río. A diez metros de altura, Varlan ladeó el aparato. La portezuela abierta permitió que Cara de niño cayera al vacío.

Se oyó un agudo chillido. DeVries se sumergió en la corriente con gran chapoteo, pero apareció de nuevo, braceando aparatosamente en busca de la tierra firme. Mi amo, tranquilo ya, tomó el rumbo deseado, aunque sé que luego se arrepintió de no haber hecho hablar a DeVries, porque el mozalbete, seguro, no actuaba por iniciativa propia.

Media hora más tarde, mi amo estaba en el despacho del Consejero de Asuntos Extraterrestres.

- Su difunto amigo, el consejero Shamrock, me habló muy bien de usted, profesor—dijo Alcántara—. El me puso en antecedentes del problema tan grave que nos aflige y cuya solución trata usted de buscar. Pero ahora necesitaría escuchar su propia opinión sobre el particular, profesor.
- Es bien sencillo de definir, aunque complicado en su ejecución, por la categoría de quienes lo inspiran — contestó Varlan. Habló durante algunos minutos y añadió—: El problema, por tanto, se circunscribe a dos factores, de idéntica importancia, cuya suma, dará un resultado nocivo para nosotros y, lógicamente, beneficioso para los inspiradores de ese problema. La destrucción de los robots es el primer paso, y el caos y el desorden el segundo. La suma de ambos dará la conquista del poder por esas personas.

- Hay precedentes en sus estudios históricos, creo.
- Sí, señor. Pero los precedentes tienen una analogía apenas comparable, lo que significa que, en realidad, no existe esa analogía. A menos que se considere como tal la ambición de poder.
- Lógica, por otra parte, en los humanos — murmuró el consejero—. De modo que usted opina que la solución del problema consiste en hacer que las personas que componen ese grupo salgan a la luz y sean desenmascaradas públicamente.
- Sí, señor.
- Será difícil. Son muy astutos y es previsible pensar que tienen buenos informadores, además de secuaces dispuestos a todo, como lo prueba el asesinato de nuestro común amigo Shamrock.
- Por el momento, señor, no se me ocurre ninguna idea, salvo la de pedirle su ayuda. Hasta el momento, y aunque no me guste confesarlo, estamos a la defensiva. Pasar a la ofensiva, sin pruebas irrefutables, sería peligroso, aparte de contraproducente, caso de fallar.

Los dedos del consejero tamborilearon sobre la mesa.

- Vaya a su casa tranquilo, profesor. —Alcántara entregó a Varlan un papel—. Este es el número de un videófono privado. Llámeme cuando lo juzgue necesario, a cualquier hora del día o de la noche. ¿Necesita algún dinero?
- No, muchas gracias. En todo caso, informes exhaustivos sobre Holyrood. Tengo ya una buena carpeta sobre el particular, pero me gustaría una nueva investigación, a fondo.
- Buscaré hombres adecuados y de toda confianza y le enviaré muy pronto los resultados — prometió el consejero.

Varlan salió del despacho y regresó a su casa. Durante el viaje, concibió una idea.

Al llegar, comentó con nosotros las incidencias de la entrevista. Yo le felicité por la decisión que había mostrado ante Cara de niño.

- A decir verdad — contestó el profesor—, nunca me había pasado nada semejante. Yo siempre he sido un hombre pacífico, poco amigo de peleas, aunque eso no signifique que no haya hecho ejercicios físicos. Pero, francamente, me sentí muy sorprendido cuando vi que podía derrotar a ese bárbaro.
- Le dio una tunda por todo lo alto. Casi llegué a pensar que le arrancaría la cabellera — dijo Nellie.

Varlan volvió los ojos hacia mi colega.

- ¿Por qué no será usted de carne y hueso? Si quiere que sea sincero, usted, Nellie, es la encarnación, aunque sea artificial, de la mujer que me hubiese gustado tener como esposa.

— Lamento muchísimo no poder ignorar mi origen robiónico, profesor — contestó Nellie, con el circuito de la frialdad al máximo.

Mi amo estaba sentado en una butaca y yo le puse en las manos una copa balón, con un dedo de buen brandy. Nellie fue al despacho a trabajar. Yo, viendo que el profesor estaba sumido en sus meditaciones, le dejé también solo y me fui a la cocina.

En aquellos momentos, el profesor estaba pensando en la hermosa y casquivana acompañante del Hermano Mayor Jebeddiah Holyrood.

* * *

Mi amo no ha sido siempre un búho sabio ni un hombre enemigo del bullicio y la diversión. Lo que sucede es que, de cuando en cuando, se concentra en su trabajo, y se pasa temporadas enteras en su casa de campo. Cuando termina, se divierte, como cualquier otro mortal. Y no le faltan personas dispuestas a acompañarle en sus diversiones. Me refiero, naturalmente, a humanos del sexo femenino.

Uno de esos humanos era Tais Sutter, hermosa morena de unos treinta años, con un cuerpo pródigamente dotado por la naturaleza y, en tiempos, artista de *music- hall.* Al día siguiente de la entrevista con el consejero Alcántara, mi amo decidió tener otra con Tais.

Porque había pensado mucho y recordado, al fin, que la bella acompañante de Holyrood no era otra que la ex artista de *music-hall,* a la que, años atrás, le había unido una breve temporada un tórrido romance, que había llegado a su fin cuando el profesor encontró un nuevo tema para sus investigaciones de Historia Psicopolítica.

A las seis de la tarde, mi amo, vestido normalmente y sin barba, aparecía en el apartamento ocupado por Tais. Llamó y esperó unos momentos, hasta que ella abrió la puerta.

- Debo de estar soñando — dijo Tais.

Varlan la miró de pies a cabeza. La indumentaria de Tais era sumamente modesta, en comparación con los aparatosos vestidos que gustaba de llevar corrientemente. Era una túnica blanca, con orla de grecas rojas y negras, mangas cortas y muy anchas y larga hasta los tobillos. El pelo, suelto, aparecía sin el menor artificio.

- Yo también sueño — sonrió mi amo—. Tú no eres Tais.

Ella alargó su mano.

- Sigo siéndolo, especie de pequeño canalla — dijo, a la vez que tiraba del brazo de su inesperado visitante—. Entra y tomaremos una copa.

El apartamento era lujoso, pero sencillo. Tais llenó dos copas y ofreció una a mi amo.

- Gracias, preciosa, aunque, si me permites, te haré una observación.
- Claro. — Tais se sentó en un diván y escondió los pies bajo la túnica—. ¿Por qué no hablas ya, Joe?
- Me extraña que me hayas abierto tú la puerta. La última vez que estuve aquí, lo hizo un robot. Es más, recuerdo que era robot femenino y le habías hecho ponerse uniforme de doncella.
- Ya no tengo robot. Lo vendí.
- ¡Demonios, Tais, no sabía que estuvieras en situación apurada! Si me hubieras dicho algo, yo te habría ayudado de buena gana...
- Gracias, pero no vendí el robot por buscar un beneficio económico.
- No te entiendo — dije.

Los ojos de Tais, negros, profundos, miraron a mi amo durante algunos segundos.

- Es hora de que sepas la verdad. Pertenezco al M.A.M.

Mi amo soltó la carcajada.

- Tú, antimaquinista... Tais, permíteme que te diga que es lo más divertido que he oído en los días de mi vida.
- Estoy diciendo la verdad, Joe — protestó ella.
- Me resulta muy difícil de creer, Tais. Oh, no quisiera ofenderte, pero tú fuiste siempre una mujer a la que la política

tenía sin cuidado.

- Esto es distinto. Estamos dominados por las máquinas. Hemos de deshacernos de ellas.

Varlan estudió a fondo la expresión de Tais. ¿Era sincera? El brillo, aparentemente iluminado de sus ojos, ¿era comedia?

- Bien, bien, no quiero reprocharte nada — dijo—. A fin de cuentas, yo siempre he sido un liberal. Es preciso respetar las opiniones de los demás, aunque no nos agraden.
- ¿Tú eres partidario de tener robots?
- Nos sirven bien, Tais.
- Pero acabarán convirtiéndose en nuestros dueños, Joe.
- Bueno, si tú lo dices... Preciosa, ¿por qué no dejamos de discutir sobre el tema? — Mi amo se inclinó y empezó a recorrer con los labios la tersa superficie del brazo femenino—. Tais, la opinión adversa a los robots, ¿significa también el abandono de otras opiniones?

Ella lanzó una risita.

- Lo uno no tiene que ver con lo otro — contestó.

Entonces, el profesor Varlan dejó la copa a un lado y abrazó a Tais.

* * *

Tres horas más tarde, Varlan creyó escuchar un ruidito en el otro lado del apartamento y saltó de la cama. Se puso los pantalones y, sin más prendas, avanzó cautelosamente hacia el origen del ruido.

En la cocina encontró a una mujer ocupada en preparar unos bocadillos. Ella notó la presencia de Varlan y se volvió en el acto.

- ¿Quién es usted? — preguntó mi amo.

La mujer se puso rígida.

- Número EFZ-666-39-R-02 — contestó.

Varlan sonrió levemente.

- Comprendido. Sigue tu tarea, robot — dijo.

Al girar para regresar al dormitorio, casi se tropezó con Tais.

- Lo has descubierto — dijo ella, furiosa.
- Ya ves. Pero no es ninguna deshonra tener un robot en casa, cariño.

Tais suspiró.

- Si no fueses tú... Ven y hablaremos — dijo—. Effie, prepara café — ordenó a la robot.
- Sí, señora.

Varlan y Tais fueron al salón.

- Tengo que aparentarlo así en público. Los enemigos de los robots me parecen todos chiflados — dijo.
- Te pagarán bien, supongo.
- Me pagan bien, en efecto.

— ¿El Hermano Mayor?

- ¿Cómo lo sabes?

Varlan volvió a sonreír.

- Soy el hermano Joseph, el que rompió la piscina visible.

Tais lanzó una estridente carcajada.

- De modo que eras tú el que nos pilló en... Se puso bueno Jebbie; estaba que daba mordiscos a las puertas. Créeme, jamás he oído un vocabulario tan rico en insultos, y cuidado que he oído cosas en este perro mundo...
- Tais, ¿qué hacías tú allí? — preguntó mi amo.
- Cuando el Hermano Mayor recibe a sus secuaces en grupos de cierta entidad, le acompañamos algunas chicas bien parecidas. Algunas actúan por propia convicción. A mí me lo propusieron y dije que bueno, pero que cuánto pagarían. El sueldo me convenció y todos los días pasó allí algunas horas, por si se presenta algún grupo de partidarios del M.A.M. dispuestos a adorar a su profeta. Nosotras somos como una especie de corte, que da relumbrón a sus apariciones.
- Y, además, el Hermano Mayor evita el sonrojo de que se sepan sus debilidades — dijo Varlan maliciosamente.

Tais se sonrojó.

- Estábamos divirtiéndonos un poco. A mí me hacía gracia ver a un hombre tan solemne, portándose como un adolescente ansioso, eso es todo.
- Tais, éste es un asunto muy serio. Voy a explicártelo sucintamente. Después, si lo crees conveniente, me darás una respuesta afirmativa.
- Necesitas mi ayuda, ¿eh?

Varlan asintió. Effie, la robot, entró con el café. Mi amo aguardó hasta que las tazas estuvieron llenas. Luego, al quedarse solos nuevamente, empezó a hablar.

Cuando terminó. Tais estaba muy pálida.

- Demonios, si todo lo que has dicho es cierto...
- «Es» cierto — corroboró mi amo.
- Bien, te ayudaré en lo que pueda.
- Tais, a mi entender, Holyrood no es más que Un figurón. Debemos admitir que posee ciertas cualidades oratorias y que sabe impresionar a la gente, aunque lógicamente a los más ingenuos. A mi entender, el hombre verdaderamente peligroso a Shinool. Creo que es quien mueve todos los hilos, aunque, por supuesto, también actúa bajo órdenes digamos superiores. Aunque dediques muchas atenciones al Hermano Mayor, procura sondear a Shinool. Pero sé discreta, ¿entendido?

Tais sonrió.

- Descuida — contestó.

Mi amo volvió a sonreír.

- Me iría de buena gana a casa, pero aquí estoy muy bien — dijo.
- Yo no pienso echarte, Joe — aseguró Tais.

CAPITULO VIII

Mi amo regresó al día siguiente, sobre las nueve de la mañana. Cuando entró, yo imité a los humanos en el acto de aspirar fuertemente el aire.

- Mi circuito olfativo capta partículas olorosas de gran calidad, además de las de café, champaña y cigarrillos — dije.

Varlan me miró reticentemente.

- Jenkins, por desgracia, el que ideó ese circuito olfativo está muerto. De lo contrario, ahora mismo le rompería la cara — contestó.
- De modo que ha pasado la noche en agradable compañía — dijo Nellie.
- Bien, sí, y eso, ¿qué diablos importa? Soy un hombre, me parece.
- ¿Le costó mucho? ¿Son caros los servicios de esa «profesional»?
- Nellie, eres un robot y esto no te interesa en absoluto. Lo único que tienes que hacer es volver a tu trabajo. Tú, Jenkins, prepárame el baño.
- El amo está enfadado — comenté yo, volviéndome hacia Nellie.

- He tenido que refrigerar mi circuito de la decepción— declaró ella—. ¡Enredarse con una buscona!
- Es un humano y tú y yo sólo robots.

Nellie emitió un silbido despreciativo. Mi amo, que ya estaba en lo alto de la escalera que conducía al piso superior, se volvió en el acto.

- Oye, tú, si vuelves a comportarte de esa manera, desconectaré tu pila motriz, ¿estamos?
- Lo siento, profesor — se disculpó ella.

A los pocos minutos, mi amo estaba sumergido en el baño. Yo volví a la planta baja. Entonces, me encontré con un viejo conocido.

Roger DeVries tenía todavía un ojo morado y había una grieta mal soldada en su labio inferior, pero no por ello abandonaba su expresión irónica y displicente.

- Hola, máquina — dijo.
- ¿Qué desea el señor? — pregunté.
- Voy a darte una orden, robot. Tienes que obedecerme. Soy un humano, ¿sabes?
- Sí, señor. — Enfrié algunos circuitos que estaban al borde del estallido y procuré dar a mi rostro artificial una expresión de máxima cortesía—. Los robots estamos siempre al servicio de los humanos, señor.
- Gracias, muchacho, celebro que sepas ponerte en tu sitio.

La voz de Nellie sonó en aquel momento.

- ¿Quién ha entrado, Jenkins? — preguntó, desde la puerta del despacho.
- Ah, es la otra robot — dijo Roger riendo—. Quédate ahí donde estás y no te muevas.
- Sí, señor.

Nellie se inmovilizó en el acto. Roger se encaró con Jenkins.

- Te ordeno me cuentes todo lo que ha hecho el profesor en las últimas semanas — dijo imperativamente.
- Sí, señor. El profesor... Xjirrpzabr... 9870046... Ajjzbllmortqinizz... 1544...

Se me torció la boca, incliné la cabeza un poco y me quedé como una estatua.

- Eh, ¿qué diablos le pasa a este trasto? — exclamó Roger perplejo—. ¿Entiendes tú lo que ha dicho?
- Señor, creo que los mecanismos de mi colega se han estropeado — contestó Nellie.
- ¡Vaya! —resopló el sujeto—. Yo creía que los robots eran algo perfecto...
- No somos perfectos, señor; nada que ha salido de la mano del hombre puede serlo — dijo Nellie.
- ¡Hum!—Roger no se sentía muy convencido—. Bueno, lo que él no me diga, tú puedes decírmelo, ¿eh?
- Estoy a la disposición del señor, aunque si el señor me lo permite, le diré que convendría reparar antes a Jenkins... perdón, al robot con aspecto masculino. Jenkins lleva mucho más tiempo que yo al servicio del profesor y sus informaciones le resultarían infinitamente más útiles. Aparte, claro está, de lo que yo pudiera decirle.
- Caramba, si pareces un abogado y todo... Claro que ya actuaste una vez ante el tribunal. Pero te han fabricado muy bien, incluso de aspecto. Tienes un tipo fenomenal y hasta dan ganas de besarte y todo..., ¿pero quién querría hacer nada con un robot?
- El señor tiene toda la razón. Los robots no hemos sido construidos para el amor. Eso es algo natural, propio solamente de los humanos.
- Eso sí es verdad, guapa..., ¡ejem!, digo robot. Por cierto, ¿qué nombre humano te ha dado el pozo de ciencia?
- Nellie, señor.
- Bien, Nellie, al menos, es bonito. Pero vayamos ahora a lo nuestro. Jenkins se ha estropeado. ¿Puedes tú repararlo?
- Todo robot es construido para reparar una posible avería en otro robot, señor — contestó Nellie con acento doctoral.

Roger chasqueó los dedos.

- Entonces, en marcha — exclamó.
- Bien, señor.

Varlan estaba todavía en la bañera, cuando, de pronto, oyó un ruido muy fuerte en el salón. Alarmado, salió fuera, y, sin secarse, envuelto en una toalla, corrió a la planta baja.

Enormemente asombrado, vio un cuerpo tendido en el suelo. Nellie y Jenkins le contemplaban con aire pacífico.

Dejando impresas en el suelo las huellas de sus pies todavía

mojados, Varlan llegó a la sala y miró sucesivamente a los dos robots.

- /Qué ha pasado aquí? — preguntó.
- Ese humano. Tropezó, cayó y perdió el sentido, señor— dijo Nellie.

Varlan dio la vuelta al cuerpo inmóvil. Vio el rostro del individuo y lanzó una exclamación:

- ¡DeVries!
- Vino para que le diéramos información acerca de usted, señor — dije yo.
- Pero Jenkins fingió una avería — agregó Nellie.
- Vaya pareja... Vuestro deber era obedecer las órdenes de Roger — gruñó mi amo.
- Hasta cierto punto, señor; nunca hasta el extremo de que este acatamiento a nuestras reglas pudiera causarle a usted algún daño, como, evidentemente, era el propósito del intruso.
- Está bien, está bien. Jenkins, tráeme una bata, pantalones cortos y las zapatillas. No puedo seguir así — rezongó Varlan.
- Bien, señor.

Subí al primer piso y regresé en seguida con las prendas solicitadas. Mi amo se cambió allí mismo. Su actitud no obedecía al afán exhibicionista de un cuerpo atlético y bien proporcionado. A un humano no puede importarle en absoluto que sus robots le vean desnudo.

Roger empezó a rebullir. Mi amo me ordenó traer un poco de agua y se la echó por la cara. A los pocos momentos, DeVries se sentó en el suelo y miró torpemente a su alrededor.

- Me han golpeado...
- No mienta — dijo mi amo con gran severidad —. Simplemente, sufrió una caída y ha perdido el sentido. ¡Levántese!

Roger obedeció, pero no por ello cesó en sus protestas:

- ¡Ha sido ella, ese maldito robot con figura de mujer! ¡Me atacó por detrás...!
- No diga tonterías. Ningún robot atacaría jamás a un ser humano. Están construidos para ayudamos, no para causarnos el menor daño.
- Tal vez fuera así antes, pero ahora... Quieren dominarnos, ¿entiende? Ya no obedecen la regla de evitar todo daño al

hombre; ahora quieren convertirse en los amos de la Tierra...

- ¡Estúpido! — le apostrofó Varlan. De pronto, saltó sobre él y le retorció el brazo a la espalda —. Dime quién te ha enviado o te romperé todos los huesos, ¿me oyes?
- No... no diré nada...—jadeó el bárbaro.

Varlan le agarró con la mano izquierda por los pelos y tiró hacia atrás, a la vez que aumentaba la presión en su brazo derecho.

- ¡ Habla! — rugió.

Roger cobró miedo.

- Fue... Shinool...
- Dime exactamente qué instrucciones te dio.
- Yo... tenía que ordenar a sus robots que... me dijeran cuanto sabían de usted...
- Jenkins, regístrale — ordenó mi amo—. Es probable que lleve una grabadora bajo las ropas.
- Sí, señor.
- ¡Tú no puedes hacer eso; eres un robot! —aulló DeVries.

Yo dudé.

- ¿ Señor?
- Déjalo, me encargaré del asunto — dijo mi amo.

Soltó el brazo derecho de Roger, pero no su pelo, aunque simuló aflojar. Roger empezó a volverse. Entonces, el puño derecho de mi amo actuó demoledoramente y Cara de niño perdió el conocimiento por segunda vez.

Varlan se inclinó sobre él y sacó una grabadora que llevaba sujeta en un pequeño arnés, bajo la camisa, en el costado izquierdo y casi en la axila. Luego me dio una orden:

- Jenkins, saca a este despreciable sujeto fuera de aquí.
- Bien, señor.

Roger empezó a despertar poco después. Desde la puerta, mi amo le enseñó algo: el revólver calibre 16 milímetros que se había llevado de la residencia de Holyrood.

- La próxima vez que vuelvas no perderé el tiempo: tiraré a matar, antes de hacer ninguna pregunta — dijo.

DeVries se marchó envuelta en una oleada de palabrotas, que dañaron cruelmente mis circuitos auditivos. Luego, Varlan se volvió hacia nosotros.

- Tengo la sospecha de que, en parte, Roger decía la verdad.
- ¿Cómo, señor?
- Le he visto un bulto en la nuca. No se hallaba caído cerca de la escalera, la cual, por lo que sé, nunca pensó en utilizar. Puede que me equivocase, pero sospecho que, al menos en la acusación contra Nellie era sincero.
- Yo no le pegué, señor — se defendió la robot.
- Insisto en que es posible que Roger tenga razón, Nellie, tú eres un robot del último tipo, demasiado perfeccionado. Lamento tener que decirte que voy a ordenar una revisión de tus circuitos.

Entonces, yo me adelanté un paso.

- Con su permiso, señor.
- ¿Sí, Jenkins?
- Si el señor no tiene inconveniente, yo mismo revisaré los circuitos de Nellie. Todo robot ha sido instruido para hacer esa revisión, aparte de que se necesitan lupas de gran aumento... y esas lupas están en mis propios circuitos visuales.
- Es verdad — reconoció mi amo, quien sabía de sobras que, en caso necesario, yo podía utilizar mis circuitos visuales lo mismo con visión normal, que como un microscopio para objetos demasiado pequeños o como un telescopio para largas distancias.
- Mientras tanto, el señor puede entretenerse despachando la correspondencia — sugerí —. Apenas haya terminado la revisión, le informaré puntualmente de los resultados obtenidos.

Mi amo sonrió.

- Jenkins, a veces lamento que no seas humano. Pero resulta indudable que eres la perla de los robots-mayordomo.

Me incliné respetuosamente.

- Estoy y estaré siempre al servicio del señor.

El profesor entró en su despacho y se sumergió en sus papeles. Una hora más tarde, fuimos Nellie y yo.

- ¿Señor?

Varlan levantó la vista de unos documentos que tenía en las manos.

- ¿Ocurre algo, Jenkins?
- Los circuitos de Nellie se encuentran en perfecto estado.
- Ah, es verdad, lo había olvidado... Nellie, siéntate; tengo que dictarte unos memorándums.
- Sí, señor.
- Jenkins, café — me ordenó.

Los dejé solos y fui a la cocina. A pesar de que la puerta del despacho estaba cerrada, mis sensibles circuitos auditivos pudieron captar la voz del profesor.

Cuando llegué con el café, Nellie protestaba.

- Eso no está bien, señor.

Varlan se enfureció.

- ¿Qué puedes saber tú, saco de tornillos? Escríbelo tal como te lo he dictado, es tu obligación.
- Lo haré, puesto que usted lo ordena, pero dentro de mis obligaciones entra también el advertir al señor de posibles errores. Sólo advertir, téngalo en cuenta; la decisión final es suya, puesto que es humano.

Había tanta firmeza en la voz de Nellie, que Varlan se quedó atónito, mirándola con los ojos muy abiertos.

- ¿Tú crees? — preguntó.
- Es mi opinión, señor, después de analizar en mis circuitos especulativos todas las posibilidades, lo que me hace conceder el máximo crédito a la ya indicada. Pero, como he dicho, la decisión es suya.
- El café, señor — tercié yo —. Se le va a enfriar.
- ¡Déjame en paz, Jenkins!—barbotó mi amo—. Nellie, no estoy muy convencido, a pesar de todo...
- ¿Por qué no hace una prueba práctica? Si falla, siempre tiene tiempo de ensayar las otras soluciones — dijo Nellie.

Mi amo la apuntó con el dedo índice.

- Está bien, haré la prueba, pero sólo después de que haya recibido unos informes que espero. Y tú me acompañarás... y si no da resultado, prepárate para ir a la chatarra.

- Soy obsequio del consejero Shamrock, señor; un bien público, que usted no puede destruir *per se*. Lo más que puede hacer es devolverme al Estado, cosa que yo debería acatar sin la menor protesta.

Varlan elevó los brazos al cielo.

- Tiene respuesta para todo — clamó.
- Quizá por eso le dieron figura de mujer — dije yo socarronamente.

CAPITULO IX

Tres días más tarde, llegó un mensajero personal de Alcántara.

Varlan estudió con todo detenimiento el contenido de los mensajes, la mayor parte de los cuales eran informes sobre Holyrood. Nellie le contemplaba con curiosidad, mientras él leía en completo silencio.

Minutos más tarde, Varlan empezó a sonreír.

- Una información muy interesante — comentó.
- ¿Puedo conocerla? — preguntó Nellie.
- Claro. Entérate de todo, mientras me baño y me cambio de ropa. Saldremos dentro de una hora.
- Sí, señor.

Cuando el profesor estuvo listo, Nellie y él se dispusieron a abandonar la casa. Entonces sonó el zumbador del videófono.

Atendí la llamada. El rostro de una hermosa mujer apareció de inmediato en la pantalla.

- Residencia del profesor Varlan — dije —. Soy su robot servidor.
- Llámele — pidió la mujer —. Es muy urgente.

Varlan había oído todo y se acercó al aparato.

- ¡Tais! — exclamó.
- Ven a mi casa — pidió ella.
- ¿Ahora?
- Lo que tengo que decirte es muy importante y quiero hacerlo personalmente.
- Se refiere a Shinool, supongo.
- Sí.
- Bien, Tais, ahora mismo iré. Gracias.

Varlan cortó la comunicación y se volvió hacia Nellie.

- Hay cambio de planes — anunció.
- ¿Debo quedarme? — preguntó ella.
- No. Venga conmigo; luego iremos al otro sitio. Espéranos, Jenkins.
- Como ordene el señor — contesté respetuosamente.

Nellie y Varlan subieron al aeromóvil, que despegó de

inmediato. Apenas situados en el canal de tráfico correspondiente, Varlan dijo:

- Nellie, esa mujer a la cual vamos a ver es Tais Sutter, una antigua amiga mía. Como no tengo por qué avergonzarme de ello, diré que fue en su casa donde pasé la noche, hace tres o cuatro días.
- El señor es muy libre de hacer ciertas cosas, sobre todo, si se tiene en cuenta que es humano, joven, atractivo... y que la señora Sutter es también muy hermosa — contestó Nellie con voz impersonal.
- Le pedí informes sobre Shinool. Ahora me hará saber muchas cosas interesantes.

Nellie guardó silencio. Varlan no quiso seguir hablando, aunque sé que pensó algo parecido a esto: «Si Nellie se va a comportar de esta manera, tan típicamente femenina, pero incomprensible e inconveniente en un robot, la devolveré al gobierno».

Media hora más tarde, el aeromóvil se posaba sobre la terraza del edificio donde residía Tais. Varlan y Nellie se encaminaron de inmediato a la entrada del ascensor.

Momentos después, se detenían ante una puerta. Varlan llamó un par de veces, sin recibir respuesta.

- ¡Qué raro! —murmuró el profesor.
- ¿Se habrá marchado? — dijo Nellie.
- No creo. Acordamos que ella esperaría mi llegada ..

De pronto. Nellie agarró el pomo de la puerta y lo

hizo girar. Varlan emitió segundos más tarde una maldición.

Tais estaba tendida sobre su cama, con claras señales en su cuello de unas manos que la habían privado brutalmente de la existencia. Era un estrangulamiento bestial, incluso sádico... y la muerte había llegado después de un ultraje casi más horrible todavía.

Nellie se acercó a la cama y cubrió caritativamente el cuerpo desnudo de la infeliz mujer.

- Primero fue violada y después estrangulada — dijo.

Las manos del profesor se abrían y cerraban convulsivamente.

- Es horrible — murmuró —. Por unos minutos tan sólo, no hemos podido capturar al asesino...

Nellie no dijo nada y se retiró unos pasos de la escena del crimen. Varlan guardaba silencio, hondamente impresionado por lo sucedido.

- Está bien — dijo al cabo, cuando apareció en la sala—. Habrá que avisar a la policía.
- Hágalo si quiere, aunque nosotros ya sabemos quién es el asesino — dijo ella sorprendentemente.
- ¿Cómo? — se asombró Varlan.

Nellie le enseñó algo.

- Lo he encontrado en el suelo. Recuerde a cierto individuo de sonrisa insolente, que suele masticar con frecuencia una astilla de madera.
- ¡Roger! —exclamó mi amo en el acto.
- El mismo. No, no fue un asesinato vulgar y corriente, sino la acción de un sujeto a quien le ordenaron acabar con Tais Sutter, disfrazando el crimen con el sadismo de la violación.
- Creo que comprendo...
- Imagínese ahora los prolegómenos del acto — continuó Nellis—. Roger llega aquí, con su insolencia habitual, y llama a la puerta, con la astilla de madera en la boca. Tais le abre, él

entra, hablan un poco y, cuando Roger se abalanza sobre su víctima, escupe a un lado la astilla de madera... El resto es fácil, pero desagradable de imaginar.

Varlan asintió.

- Está bien, tenemos al asesino. Pero ¿cómo encontrarlo?
- Señor, la entrevista que íbamos a hacer puede posponerse sin inconveniente alguno. Creo que lo más urgente sería encontrar a Roger.
- ¿Sin avisar a la policía?

Nellie lanzó una mirada hacia la puerta del dormitorio.

- A ella no le debe de importar demasiado — dijo.
- Sí, desgraciadamente es cierto... ¡Aguarda un momento!— exclamó Varlan con viveza—. Nos olvidábamos de algo de gran importancia.
- ¿Qué es, profesor?

Mi amo echó a correr hacia la cocina. Abrió la puerta y se detuvo en el umbral.

El robot personal de Tais yacía en el suelo, con horribles destrozos. Su cerebro artificial no era sino un amasijo de hilos metálicos, que ya no podrían establecer conexiones con ninguno de los restantes circuitos, por otra parte, destruidos o deshechos en su mayoría. La tapa ventral del robot aparecía a un lado y el interior era una pura ruina.

- Un asesino y violador habría hecho exactamente lo mismo que Roger — dijo Nellie detrás del profesor.
- Sí, eso evita que se reproduzcan las posibles grabaciones que hubiera podido tomar el robot — convino Varlan pensativamente—, Pero, ¿cómo diablos encontrar a Roger?
- Señor, olvida usted que fui su abogado en el juicio por lesiones. En el tribunal, Roger tuvo que declarar su domicilio... y yo tengo impreso ese dato en mis circuitos de memoria.
- Entonces, no se hable más. Vamos allá.

Varlan y Nellie abandonaron el piso y volvieron a la terraza. Cuando salían del ascensor, oyeron un confuso griterío en la calle.

El profesor corrió hacia el parapeto y miró hacia la calle. Un enorme gentío se alborotaba ruidosamente, en tanto que la policía hacía inauditos esfuerzos por sofocar lo que parecía un motín

callejero.

Un grito llegó hasta los oídos del profesor, sobresaliendo por encima del fragor de la lucha:

- ¡Abajo los robots!

Las facciones de Varlan se contrajeron.

- Esto se pone cada vez peor — murmuró—. Si no nos damos prisa por actuar, ellos acabarán por conseguir sus propósitos. Nellie, vamos, al aeromóvil.

El vehículo se elevó en el acto. Una vez fijado el rumbo, Varlan hizo una advertencia a la robot:

- Nellie, tenlo muy en cuenta. No quiero que hagas absolutamente nada; yo me encargaré de todo. ¿Entendido?
- Sí, señor.

* * *

El aeromóvil había tenido que detenerse en la calle, porque la casa donde vivía Roger DeVries no disponía de azotea para tal fin. Nellie había quedado en el aparato. De cuando en cuando, sacaba un espejito, se miraba un poco y fingía retocarse el pelo. Los transeúntes pensaban así que era un mujer autentica y no un robot.

Varlan salió de la casa minutos después.

- No está, pero sé dónde puedo encontrarlo — dijo.
- Interesante — comentó ella.
- Es un asco. Creíamos que trescientos años de nuestra civilización nos habrían curado de ciertas cosas, pero el hombre es un animal que no aprende jamás. Todo ha vuelto a ser como antes de la catástrofe: ladrones, asesinos, burdeles, proxenetas...
- Oh, un singular descubrimiento, profesor — comentó Nellie, sardónica —. Después de lo que he oído, pienso que estoy muy bien siendo un robot.
- No te burles de mí — rezongó mi amo—. Varlan está en una taberna, a menos de cincuenta pasos. Aguárdame en el mismo sitio.

- Muy bien, señor, como usted ordene.

Varlan se alejó con paso vivo, que moderó al llegar a la puerta de la taberna. Desde el exterior, miró unos momentos, hasta ver a Roger sentado ante una mesa, junto a una rubia de pechuga abundante y escote nada mesurado.

Luego, sin prisas, abrió la puerta y se dirigió a la mesa donde estaba Cara de niño.

- Quiero hablar contigo, Roger — manifestó.

DeVries alzó la vista. Su cara se puso gris en el acto.

- Déjeme en paz — pidió desabridamente.

Impasible, Varlan agarró una silla, se sentó a horcajadas y clavó su mirada en el rostro de DeVries.

- Vengo de casa de Tais Sutter — dijo.
- No conozco a esa señora — contestó Roger.
- Has estado allí, la has violado y luego la has estrangulado. Para que no se te pudiera acusar, has destrozado también a su robot.

La rubia se levantó precipitadamente.

- No quiero líos — dijo.
- ¡Espera! —pidió Roger, rabioso.
- ¿Quedarme contigo, un maníaco sexual? ¡Ni que estuviera loca, vamos!

Varlan y Roger quedaron frente a frente. Cara de niño empezó a recobrarse.

- No puede acusarme de nada. No hay testigos — dijo, retador.
- Te equivocas, amiguito. Tienes la fea costumbre de mascar casi constantemente una astilla de madera...

Varlan puso sobre la mesa un trozo de papel, que desenvolvió lentamente. La astilla, destrozada en parte por los dientes de DeVries, quedó a la vista.

- Está impregnada de tu saliva — continuó—. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en el laboratorio de la policía en

hallar un resultado de positiva identificación?

La nuez de Cara de niño subió y bajó convulsivamente.

- Pe...pero ahora está aquí... Usted no puede probar que la ha encontrado en la casa de Tais Sutter...
- Fui acompañado de mi robot. El no puede declarar como testigo, pero sí se puede solicitar una reproducción de las grabaciones visuales y auditivas de cuanto ha presenciado. Y eso, muchacho, no puede ser refutado por el mejor abogado del mundo.

Roger estaba a punto de desmayarse. Varlan, impasible, guardó de nuevo la astilla.

- ¿Quién te ordenó matar a Tais? ¿Shinool?

Cara de niño hizo un gesto negativo.

- No —contestó sorprendentemente.
- ¿Holyrood?
- No... pero no puedo decirlo...
- Está bien, ahora haré que el dueño de la taberna llame a la policía.

Súbitamente, DeVries se puso en pie y echó a correr hacia la salida, atropellándolo todo en su enloquecida huida. Derribó a una mujer, la cual empezó a chillar agudamente, saltó por encima de una mesa y se precipitó hacia la puerta.

Abrió y salió a la calle. En el mismo instante, alguien a dos pasos de distancia, le disparó dos tiros con un calibre 16 mm.

Las balas fueron a parar a su cabeza, que estalló como una sandía madura dejada caer desde lo alto. Varlan, que seguía de cerca al fugitivo, se situó a un lado de la puerta, para evitar ser blanco de un nuevo disparo.

Pero el revólver calló definitivamente. Su dueño corrió hacia un aeromóvil, estacionado a corta distancia, se metió en él y desapareció antes de que nadie pudiera detenerle.

Varlan, sin embargo, asomó un poco la cabeza y consiguió ver algo que le pareció muy extraño. ¿Conocía al asesino?, se preguntó, lleno de perplejidad, ajeno por completo al fenomenal barullo que se había producido después de la muerte de Cara de niño.

CAPITULO X

- Es una lástima que no sea usted un robot — dije yo a la mañana siguiente, mientras servía el desayuno a un preocupado estudioso de la Historia Psicopolítica.
- Me encuentro muy a gusto siendo humano — declaró Varlan fríamente—. Aunque sí es cierto que me gustaría saber por qué has dicho eso, Jenkins.
- Está bien claro. Usted declaró, a nosotros, no a la policía, por supuesto, que le parecía conocer al asesino de Roger.
- Sí, es cierto.
- Si fuese un robot, se podrían reproducir las imágenes registradas en sus circuitos de memoria, tantas veces como fuera preciso, hasta identificar al asesino. Pero, de todas formas, no es tan difícil.
- ¿Por qué, Jenkins?
- Usted no tiene demasiados amigos. Últimamente se ha retirado aquí casi como un fraile cartujo.
- Sí, es cierto.
- Si ninguno de sus pocos amigos ha sido, ¿quién lo ha hecho, de entre las personas a quienes conoce?

Mi amo se apoyó en el respaldo del sillón y me miró fijamente.

- Jenkins, tienes razón — exclamó de pronto.

- Vamos a ver. ¿ Qué rasgos esenciales conserva usted en su memoria del hombre que decapitó a tiros a Cara de niño?

Varlan se puso una mano en la boca.

- Jenkins, por el amor de Dios, no me recuerdes esa escena...
- Concéntrese en el asesino, señor.
- Me pareció alto, membrudo...
- ¿Corrió después de disparar?
- Sí.
- ¿ Iba muy rápido?

Verían hizo un gesto ambiguo.

- Sí, pero no parecía tener demasiada agilidad — contestó.
- Eso presupone ya un hombre maduro. Quizá corpulento, más que membrudo. Lo primero puede significar que ya tiene principio de barriga, en tanto que lo segundo se refiere a musculatura.
- Es verdad. Sí, puede que fuese un poco barrigón, Jenkins.
- ¿Le vio el rostro? ¿Delgado, huesudo? ¿Cara de hombre que vive bien?
- Grueso, creo.
- ¿Pelo?
- Negro, me parece.
- ¿ Bigote?
- No, no llevaba bigote.
- Bien, quedamos pues que era un hombre maduro, alto, con un poco de barriga, pelo negro, rostro lleno y sin bigote. Dígame, ¿a quién conoce que posea semejantes características fisonómicas?
- Martin Van Kramm — sonó la voz de Nellie a espaldas de mi amo.

Varlan se volvió vivamente.

- ¡ El abogado! — exclamó.
- Sí — confirmó ella.
- Pero ¿por qué? ¿Por qué un hombre de su reputación iba a comprometerse en un asunto tan sucio?
- ¿Por qué no va a preguntárselo usted mismo, profesor?

Mi amo se puso en pie, pero Nellie le hizo sentarse de nuevo.

- Desayune — aconsejó —. Y no olvide la entrevista

suspendida ayer, que es mucho más importante que hablar con Van Kramm.

Los brazos de Varlan se elevaron al cielo.

- Estoy en poder de dos robots, que me indican lo que debo hacer hasta en los menores detalles — se lamentó.
- Todo es por su bien, señor — dije yo respetuosamente.

Nellie se marchó. Varlan la siguió con la mirada.

- En cuanto esto termine, la devolveré — murmuró.
- ¿Por qué, señor?
- Es un robot demasiado bien construido. Resulta perturbador para un hombre soltero.
- Le gustaría que fuese de carne y hueso, ¿verdad?
- Lo que no me gusta es soñar con imposibles, Jenkins.
- Sí, es una lástima que no se fabriquen mujeres de encargo, como nos fabrican a nosotros. En fin, señor, hay que resignarse... y a ver cuándo encuentra a la mujer de sus sueños — dije socarronamente.

Una hora más tarde, mi amo y Nellie estaban en presencia de un individuo llamado Richard E. Thyne, director de ventas de la primera fábrica de robots.

Thyne atendió cortésmente a su visitante, pero luego le dijo que no podía complacerle.

- Y menos seis — refunfuñó.

Entonces, mi amo le enseñó algo que había llevado a prevención. Thyne leyó aquel documento y su expresión cambió en el acto.

- Debiera haber empezado por ahí, profesor — dijo.
- Hágase cuenta de que acabamos de empezar, amigo Thyne — sonrió Varlan—. ¿Cuándo estarán listos?

Thyne miró al techo con un solo ojo.

- ¿Algunas grabaciones especiales? — consultó.
- Sí — Varlan le entregó un par de cuartillas —. Aquí tiene especificadas todas sus características tanto físicas como psíquicas... si es que lo segundo se puede aplicar a un robot, claro.

- Ya entiendo — rió Thyne —. Profesor, sus robots estarán listos dentro de cuatro días.
- Muchas gracias. Vámonos, Nellie.

Varlan y la robot salieron a la calle.

- ¿Dará resultado? — preguntó Nellie.
- Eso espero. El domingo es la concentración de fieles en la residencia de Holyrood. Y, tal como lo habíamos proyectado, los autores de este plan estarán también presentes. No faltarán, por supuesto, cámaras de televisión que retransmitirán el acto, etcétera, etcétera...
- Si sale bien, el M.A.M. recibirá un golpe mortal.
- Me conformo con destruir ese movimiento de chiflados y fanáticos, aunque no sea más que pensando en los amigos muertos.
- Eso está muy bien, pero piense también en nosotros, los robots. No es que me guste presumir, pero les somos muy necesarios a los humanos.
- Eso es verdad — reconoció Varlan—. Bien, ¿qué te parece una visita al abogado Van Kramm?
- Estoy a sus órdenes, profesor.

* * *

El bufete de Van Kramm estaba en uno de los puntos más céntricos de la ciudad, en donde los edificios, de gran tamaño, pero de pocos pisos, estaban rodeados por extensos parques y anchurosas avenidas. Ello daba una idea de la categoría social del abogado, cuya actitud, si en un principio había resultado incomprensible al defender a un tipo de la calaña de Roger, ahora, en cambio, explicaba muchas cosas, después de conocido el desarrollo de ciertos acontecimientos.

El aeromóvil quedó junto a la acera. Cuando descendían del vehículo, oyeron algunos gritos coléricos.

Varlan volvió la cabeza. Por el centro de la avenida, avanzaba una multitud que enarbolaba pancartas con inscripciones hostiles a los robots. Varios de los manifestantes llevaban lo que parecía una horca, sostenida por dos postes, de la que pendía el balanceante cuerpo de un robot, con las tripas mecánicas al aire y la cara machacada a

martillazos.

La policía, a lo que podía verse, había preferido eclipsarse discretamente. Varlan se dio cuenta del peligro que podían correr, si aquellos enloquecidos sujetos se apercibían de que había un robot en la acera.

- Nellie, dame la mano — dijo él rápidamente—. Podemos pasar por unos enamorados...
- ¡No! —contestó ella con viveza—. Tengo una idea mejor.

La robot corrió hacia la calzada y prorrumpió en gritos de aliento y estímulo a los manifestantes.

- ¡Así, muy bien, duro con ellos! ¡Hay que destruir a todos los robots! ¡Vivan los humanos, abajo los robots!

Los manifestantes aplaudieron ruidosamente. Uno de ellos entregó a Nellie un disco rojo, con una H dorada en el centro. En el borde, formando círculo, había una inscripción: HUMANOS, SI; ROBOTS, NO.

- ¡Humanos, sí; robots, no! —gritó Nellie estentóreamente.

Sonaron más aplausos. Nellie se colocó el disco sobre el artificial seno izquierdo y agitó la mano muchas veces, a la vez que tiraba besos a los manifestantes. Al cabo de unos minutos, se volvió hacia el profesor, con un brillo especial en sus objetivos visores.

- ¿Qué le ha parecido, profesor? — preguntó.
- Rebaja la tensión de tus circuitos visuales — dijo mi amo.
- Sí, me ha subido un poco la tensión... No ha sido agradable gritar tonterías en contra de mi propia raza.
- Los robots no son raza, porque no son humanos — rezongó Varlan —. Vamos, ya hemos perdido demasiado tiempo.

Minutos más tarde, mi amo y Nellie se encontraban en el lujoso despacho de Van Kramm.

- Me sorprende su visita, profesor — manifestó el abogado —. Creía que ya no teníamos nada que ver el uno con el otro.
- Según se mire — sonrió Varlan —. En lo referente a la demanda por lesiones, está cancelada, por supuesto. Pero es que ahora voy a presentarle otra demanda.
- ¿Sí? ¿He cometido algún grave delito?

- Un asesinato.

Van Kramm miró un instante al profesor y luego soltó la carcajada.

- Es usted un hombre magnífico — calificó —. Se ha tomado muy en serio su papel de defensor de los robots...
- ¿ Quién le ha dicho que yo soy un defensor de los robots?

El abogado se quedó cortado un instante.

- Bueno, era una frase hecha — se disculpó.
- No defiendo especialmente a los robots; lo que defiendo es la justicia y la libertad, y no quiero que una cuadrilla de desaprensivos se hagan con el poder, después de un período de caos y desolación. Si estuviera convencido de que los robots son nocivos para los humanos, yo sería el primero en pedir su destrucción, pero resulta todo lo contrario. Por supuesto, podemos vivir sin ellos, pero teniéndolos a nuestro lado, la existencia es mucho más cómoda. Pero esto, por el momento, es un tema secundario. El tema principal es el asesinato de Roger DeVries, cometido por su propio abogado defensor, ayer, a las nueve y media de la noche, en la puerta de la taberna El Pájaro Audaz. Ese es el crimen del que le acuso, señor Van Kramm.

Hubo un momento de silencio. Luego, el abogado, sin inmutarse, sonrió levemente.

- De modo que a las nueve y media.
- Sí, señor.
- Y en la puerta de la taberna...
- Situada en la calle Treinta y Nueve, número ochocientos dos.
- Ayer, a las nueve y media de la noche, me hallaba como invitado en una fiesta, entre cuyos asistentes figuraba el consejero Juan Alcántara. Puedo citarle dos docenas de personas de notorio relieve social, las cuales certificarán mi presencia en ese lugar, considerablemente alejado del que usted ha mencionado. Llegué allí a las nueve menos cinco minutos, como declarará el anfitrión y permanecí en la fiesta hasta pasadas las dos de la madrugada, sin abandonar la residencia de mi amigo ni un solo instante.

Van Kramm volvió a sonreír, satisfecho del efecto que sus palabras habían causado en su visitante.

- Todavía puedo decirle más, señor Varlan. A las nueve y veinticinco minutos, yo estaba conversando con el consejero Alcántara. Precisamente en ese momento consultó su reloj, porque, según me dijo, esperaba una llamada de su secretaría a las nueve y media. Asuntos oficiales, por supuesto, y sobre los cuales, como es lógico, no le hice ninguna pregunta. A las nueve y media, en efecto, alguien avisó al consejero que le llamaban por videófono y se separó de mí. ¿Satisfecho, profesor?

Varlan se puso en pie.

- Es una coartada inatacable, señor Van Kramm — dijo—. Le presento mis excusas más sinceras por el tremendo error cometido.

La sonrisa de Varlan se trocó en un gesto duro, hostil.

- Váyase, profesor, váyase y déjese de su ridículo afán de justicia, que no es sino pura mentecatez — calificó crudamente —. Y no vuelva a molestarme más o le aseguro que tendrá que lamentarlo el resto de sus días.

Era una clara amenaza, pero ello no impresionó en absoluto a mi amo. Le tenía mucho más impresionado la coartada inatacable que había presentado el supuesto asesino.

CAPITULO XI

- Pues si Van Kramm no lo hizo, entonces tuvo que ser alguien que se le parecía mucho — me dijo Nellie, ya de vuelta en casa, mientras el profesor hablaba por videófono.
- Tal vez un doble — sugerí yo.
- ¿Quieres decir un hombre disfrazado con su mismo aspecto? Pero eso sería ridículo, Jenkins.
- No tanto, preciosa — respondí yo, con el circuito de la desvergüenza a la máxima tensión—. Todo el mundo puede creer que es él, pero, por la misma razón, ello despista a todos, ya que Van Kramm ha sido visto por dos docenas de personas de intachable reputación. Y así, los que sospechan de él quedan engañados y burlados.
- A mí se me está ocurriendo una idea...

El profesor vino de pronto hacia nosotros.

- Confirmado — dijo desatentadamente —. Alcántara me ha dicho que habló con Van Kramm y que se separó de él, cuando el jefe de su secretaría le llamó, para comunicarle la resolución de un asunto en el que tenía especial interés. La llamada se hizo a las nueve y media en punto.

Me fui al aparador de los licores y empecé a llenar una copa.

- Señor, creo que Nellie tiene algo que decirle — manifesté —. Se le ha ocurrido una idea.
- Habla — pidió Varlan, derrumbado sobre un sillón.
- Señor, sé de muchos personajes importantes que tienen un robot que es su doble exacto. Ese robot suele ocupar su puesto en determinadas ocasiones... por ejemplo, si Van Kramm tiene mucho trabajo, lo deja en el despacho para que atienda a los clientes. No es legal aunque sí tolerado, ya que lo corriente es que esos dobles sean construidos para personas de elevado rango. ¿ Por qué no pudo enviar el robot a la fiesta y cometer él el asesinato?
- Imposible — contradijo mi amo—. Van Kramm fumó, bebió y comió... y eso lo vio Alcántara sin lugar a dudas,
- Los robots tenemos esa desgracia: no podemos comer, ni beber, ni fumar, ni... — Miré de reojo a Nellie — Hasta el amor nos está vedado — «suspiré».
- Pero, entonces, ¿quién diablos mató a Roger?
- ¿Por qué no intenta averiguarlo mediante un golpe de mano, señor? — sugerí.

Mi amo me miró por encima de la copa.

- ¿Un golpe de mano?
- Si el abogado Van Kramm tiene un robot que es un doble exacto de sí mismo, estará en su despacho.
- Jenkins, olvidas una cosa. El robot puede atender a los clientes de Van Kramm, pero no cometer un asesinato, ni aunque se lo ordene su amo.

Yo conecté el circuito de la risa sardónica.

- Señor, permítame que le diga una cosa: si usted quisiera, si fuese hecho de otra pasta, usted podría ordenarme matar a un humano y yo tendría que obedecerle— dije.

Varlan saltó en su asiento.

- ¡Jenkins, tienes los circuitos estropeados!—gritó—. Lo que dices es imposible. Todo robot tiene prohibido hacer el menor daño a los humanos...
- Excepto cuando se le modifica deliberadamente el circuito primario.
- Hay otro circuito de resistencia...
- Se suprime.
- Las inspecciones son muy rigurosas.
- Se pueden burlar.
- De acuerdo. Van Kramm modificó los circuitos de su robot. Pero pudo dejarlos de nuevo en su estado primitivo, con lo que salvaría los riesgos de una inspección.
- Es posible, aunque ésa es una tarea que no se hace en unos minutos. Lo primero que se necesita es un buen especialista, humano, por supuesto. ¿No se le ocurre a usted ningún nombre? ¿No ha leído los informes que le enviaron sobre Holyrood y su ayudante Shinool?

Varlan asintió con repetidos gestos de cabeza. Luego se volvió hacia Nellie.

- ¿Quieres acompañarme? — consultó.
- Si el señor me lo ordena, iré — respondió la robot.

* * *

- Como nos sorprendan, iré a la cárcel y tú a la chatarra —

rezongó mi amo, mientras hacía funcionar el pequeño destornillador que había llevado consigo.

- Es un riesgo que debemos correr — dijo Nellie.

Al cabo de unos minutos, mi amo consiguió forzar la puerta. Encendió la luz y, después de que Nellie hubo franqueado el umbral, cerró.

A las dos de la madrugada, no había nadie en el edificio. Mi amo cruzó dos habitaciones, un antedespacho y, finalmente, llegó al gabinete de trabajo de Van Kramm.

Había dos puertas. Una de ellas daba al lavabo particular del abogado. La otra era un armario ropero.

El robot-doble del abogado estaba en el armario.

- Hola — dijo mi amo.
- Hola —contestó el robot.
- Sal de ahí — ordenó Varlan.
- Sí, señor.

El robot dio un par de pasos fuera de su escondite

- Anteanoche, tú disparaste contra un hombre llamado Roger DeVries — dijo mi amo.
- Sí, señor.
- ¿Quién te lo ordenó?
- Martin Van Kramm.

Varlan meneó la cabeza,

- No lo comprendo. ¿Por qué encomendar el asesinato a un robot?
- Está bien claro, señor — dijo Nellie—. Quieren que se divulgue la noticia de que también los robots pueden matar, imagínese la reacción de la gente, después de las cosas que están pasando.
- Pero eso no tiene sentido — exclamó el profesor—. Este robot acaba de acusar a su propio dueño. Van Kramm podría verse metido en un buen lío.

Hubo un momento de silencio. Mi amo reflexionaba acerca de lo que parecía una incongruencia. No se podía ordenar a un robot, tras la modificación de sus circuitos, que matara a un humano, sabiendo que inexorablemente delataría al autor de la orden. De pronto, mi amo,

que es más listo de lo que parece, chasqueó los dedos.

- Ya está — dijo—. Shinool vendrá y modificará los circuitos nuevamente. Incluso borrará el recuerdo del asesinato, de modo que el robot no podrá repetirlo a nadie. ¿Qué te parece, Nellie?
- Muy bien, salvo que no entiendo por qué había de hacerlo precisamente este robot...
- Oh, está bien claro. Se puede acusar a Van Kramm del asesinato, pero como tiene una coartada irreprochable, queda inmediatamente libre de toda sospecha, Entonces, hay que buscar a otro asesino... y no lo encontrarán jamás.
- Es verdad — reconoció la robot —. Y ya que estamos aquí, voy a poner en práctica una idea.

Nellie abrió su bolso y sacó un diminuto destornillador. Después de despojar parcialmente al robot de sus ropas, levantó la tapa ventral y manipuló en su interior durante unos minutos. Luego se incorporó, dejó al robot como estaba y se volvió hacia mi amo.

- Ya no conserva memoria de nuestra estancia aquí — declaró.
- Magnífico — exclamó Varlan —. Robot, vuelve a tu sitio.
- Sí, señor.

El armario ropero quedó cerrado segundos después. Entonces, mi amo oyó el ruido de la puerta que se abría.

- Aquí, Nellie, al lavabo — exclamó.

Apagó la luz y se escondió con la chica, justo a tiempo de evitar ser vistos por el hombre que llegaba en aquellos instantes. Shinool encendió de nuevo la luz e hizo salir al robot de su escondite.

El sujeto hizo unas cuantas manipulaciones en los mecanismos del robot. Al terminar, dijo:

- Mañana, apenas abran, saldrás e irás a la comisaría de policía más cercana. Allí te acusarás de haber matado a Roger DeVries, a fin de proteger la vida de tu amo, amenazada por ese individuo. ¿Lo has entendido?
- Sí, señor — contestó el robot.
- Eso es todo. Vuelve al armario.

El doble de Van Kramm desapareció obedientemente en el ropero. Shinool se marchó, ignorante de que su acción había sido

contemplada por alguien que luchaba precisamente contra él y lo que representaba.

Varlan y Nellie abandonaron el lavabo minutos más tarde.

- Una trampa muy astuta, en contra de lo que pensábamos — comentó mi amo —. La noticia se divulgará inmediatamente... y la reacción del público no se hará esperar. Nellie, ¿qué podemos hacer para evitarlo?
- No hay más que una solución, profesor: borrar la orden que le ha dado Shinool.
- Si quieres que te diga la verdad, yo preferiría destruir ese maldito robot.
- No es mala idea — convino Nellie —. Lo dispondré todo para que se lleven una buena sorpresa.

Mi amo contemplaba perplejo las acciones de Nellie. Cuando ella hubo terminado, quiso saber qué había hecho.

- Preparar la «muerte» de un colega — respondió ella escuetamente.

Nellie había actuado sin sacar al robot de su escondite. Mi amo comprendió muy pronto las intenciones de la robot.

- Está bien, creo que es hora de que volvamos a casa — dijo.

Sobre las doce del mediodía, Shinool llamó a Van Kramm y le dijo que no tenía ninguna noticia sobre el asunto que ambos sabían.

- Pero, ¿no hiciste...?
- Sí — aseguró Shinool —. Lo dejé todo dispuesto, tal como habíamos acordado.
- Espera un momento, por favor.

Van Kramm se levantó, abrió el ropero, contempló un segundo al robot y luego cerró.

- Le daré la orden cuando los empleados estén almorzando — dijo.
- Muy bien. Llámame en seguida.
- De acuerdo.

Veinte minutos más tarde, Van Kramm se cercioró de que estaba solo en sus oficinas. Entonces fue de nuevo al ropero y dijo:

- Cumple las órdenes que te ha dado Shinool.
- Sí, señorrrggg...

El robot empezó a humear. Van Kramm dio un salto hacia atrás, asustado por lo que ocurría. En el interior del cuerpo del robot se oyeron algunos chasquidos. Durante unos segundos, Van Kramm temió que se produjera algún incendio que le obligase a llamar a los bomberos, pero la humareda cesó a los pocos minutos, cuando todos los cables de conexión hubieron ardido, a consecuencia de un cortocircuito totalmente inesperado.

Ciego de rabia, Van Kramm llamó a Shinool.

- ¿Qué diablos has hecho con el robot? — gritó descompuestamente —. Se ha quemado por completo. Apenas le di la orden, empezó a echar humo...
- ¡Imposible! — bramó Shinool.
- ¿Imposible? Ven a verlo si quieres, maldito estúpido... No, será mejor que aguardes a la tarde, cuando se hayan ido todos los empleados. Ese robot sólo sirve ya para la chatarra.
- Investigaré — prometió el ayudante del Hermano Mayor.
- No seas imbécil. A estas horas, ya no se puede averiguar nada. Todos los circuitos están quemados, ¿comprendes?
- Bueno, no te excites. Prepararemos otro robot... aunque tendremos que esperar a la semana próxima. Ahora tengo mucho trabajo, ¿comprendes?
- La semana próxima será ya tarde. No tiene sentido que un robot haga algo que debiera haber hecho inmediatamente.
- Puedes decir que te enteraste al cabo de unos días. Pero ahora, lo más importante es preparar la reunión del próximo domingo.
- Está bien. ¿Qué hago con el robot?
- Enviaré a alguien de confianza para que se lo lleve y lo tire en algún lugar donde no puedan encontrarlo. Adiós.

Van Kramm cortó la comunicación y lanzó un juramento. De pronto, pensó que el accidente sufrido por su robot podía no ser casual.

* * *

Mi amo me miró inquisitivamente cuando le conté todo lo relatado en las líneas precedentes.

- Y tú, ¿cómo lo sabes? — preguntó.

Emití una sonrisa ladina.

- Lo escuché personalmente... quiero decir que lo es cuché yo mismo.
- ¿Dónde estabas, Jenkins?
- En la calle, señor.
- Tenía entendido que habías ido al mercado a comprar provisiones.
- Es cierto, señor, pero como me sobraba un poco de tiempo, me acerqué al edificio donde Van Kramm tiene su bufete, puse al máximo de sensibilidad mis circuitos auditivos...
- En la calle se producían también muchos ruidos, aparte de que en el mismo edificio hablaban otras muchas personas...
- Puse en funcionamiento el circuito separador de sonidos, debidamente orientado — declaré.

Mi amo alzó las manos al cielo.

- A ver si va a resultar cierto que acabaremos dominados por los robots — se lamentó.
- El señor puede estar tranquilo. Un humano será siempre superior a un robot. La máquina, a fin de cuentas, sólo hace lo que le ordenan los humanos. Pero, precisamente, todo lo que he hecho, ha sido, más que en beneficio mío, puesto que no temo ser destruido, lo que representaría mi «muerte», en beneficio del señor, cosa que espero, sabrá reconocer sin dificultades.

Varlan me miró y, al final, me hizo un guiño:

- Jenkins, eres la perla de los robots. Jamás permitiré que dejes mi servicio, ¿lo oyes?
- Gracias, señor; son unas palabras muy reconfortantes.
- En cuanto a Nellie, apenas hayamos concluido este asunto, la devolveré a su punto de origen.

Yo no quise decir nada. Sabía de sobra que el profesor no haría lo que acababa de anunciar.

CAPITULO XII

La víspera de la reunión en la residencia del Hermano Mayor, el noticiario de la televisión anunció la llegada de varios personajes, procedentes de Nuevo Edén.

Uno de ellos era el Secretario de Agricultura, Chaidus Belmont. Los otros eran personajes de su séquito.

- Yo diría más bien que parecen forajidos — comentó el profesor, al ver sus rostros en la televisión,

De Belmont se decía que era el hombre fuerte del gobierno de Nuevo Edén. Algunos, en voz baja, decían cosas mucho peores.

Al ser entrevistado, Belmont declaró que su viaje era privado, debido al deseo de pasar una pequeña temporada en la Tierra, país de sus antepasados, etcétera, etc. Además, declaró que se hospedaría en casa de un viejo amigo, Martin Van Kramm y que asistiría a la reunión que se iba a celebrar al día siguiente en la residencia de Jebeddiah Holyrood.

- Me siento muy interesado por el Movimiento Antimáquinas — dijo—. En Nuevo Edén tenemos prohibido el uso de robots y ello ha representado la supresión de muchos de los problemas que hay en la Tierra. Pero, claro, yo no voy a

inmiscuirme en los asuntos internos de este planeta; simplemente, reitero algo que es del dominio público.

- Lo que ese granuja no dice es que dispone del Tesoro Público de Nuevo Edén como si fuese suyo — exclamó Nellie, muy sulfurada —. Debido a que la Secretaría de Agricultura se ocupa de la Tierra, y como de la tierra salen también los minerales, entre ellos el oro, muy abundante en Nuevo Edén, Belmont hizo que se incorporase a su Secretaría la Gerencia de Minas.
- O sea, que ha venido con dinero fresco para financiar el movimiento — dije yo.
- Puede suponérselo, profesor.
- Bien, de todos modos, si mañana no acabamos con ese movimiento, tendremos que empezar a pensar en otra solución.
- Tendrá que empezar a vivir sin robots, señor.

Mi amo soltó una interjección muy poco académica. Era evidente que se sentía furioso. Si su plan fallaba...

- Pero no fallará — le dije yo, para darle ánimos.

* * *

Nellie apareció a la mañana siguiente, con el pelo suelto y una túnica blanca que llegaba hasta sus pies. Mi amo parpadeó al verla.

- ¿Qué haces vestida de esa manera? —preguntó.

Nellie cruzó sus manos sobre el pecho y se inclinó

profundamente.

- Yo también soy una discípula del Hermano Mayor — dijo.
- Vamos, no me vengas con bromas...
- ¿Acaso el señor no quiere que le acompañe?
- Nunca había oído hablar de un robot loco, pero ahora veo que pueden existir.
- Los robots no existimos, señor — puntualicé yo —. Somos cosas, máquinas... Sólo los humanos existen.
- Esas cuestiones semánticas me importan un rábano — gruñó Varlan —. Está bien, Nellie, vamos.

En la residencia de Holyrood había menos gente de la que cabía esperar, después de la intensísima campaña que se había realizado en los días precedentes. Aun así, resultaba difícil dar un paso en el jardín.

Los restos de la piscina habían sido retirados y la tapia reconstruida. Claro que si no había acudido la masa de gente que se esperaba, quedaba la compensación de la televisión, que retransmitiría el acto en directo, y eso también valía mucho, porque era de suponer que buen número de adeptos de Holyrood se habrían abstenido de acudir, aunque no fuese más que por simple comodidad.

Pero los que estaban allí gritaban ensordecedoramente y agitaban banderas y pancartas de todas clases. El disco con el emblema del Movimiento Antimáquinas se veía repetido innumerables veces.

Mi amo y Nellie penetraron en el jardín, confundidos con la masa. Los guardianes no repararon en ellos, ya que procuraron entrar con un gran golpe de gente y, además, con la cabeza gacha. Además, al unirse a los gritos y a los cánticos, se confundían fácilmente con los devotos del profesor antirrobótico. Maniobrando hábilmente, consiguieron situarse adelante, aunque no del todo en las primeras filas, a fin de no ser reconocidos a destiempo.

En la explanada que había ante el edificio se habían colocado algunos asientos, que serían ocupados por los invitados especiales del Hermano Mayor. Belmont figuraba entre esos invitados, junto con sus guardaespaldas. Van Kramm también estaba en los lugares de honor.

Al cabo de unos minutos, Shinool apareció en la explanada y alzó los brazos para imponer silencio.

— Amigos, hermanos, por favor... Nuestro profeta, el hombre que nos va a conducir a la liberación de las máquinas, os va a dirigir ahora la palabra. Escuchadle con fervor. Atended sus indicaciones. Sed fieles a su credo. Creed en él y tendréis la recompensa que os merecéis.

Estalló una salva de aplausos. Cientos de voces gritaron vivas a Holyrood y al movimiento que acaudillaba. Mi amo miró a Belmont y le vio sonreír maquiavélicamente.

Sí, Holyrood era el hombre que necesitaban. Lo presentarían primeramente como salvador y, cuando hubiesen conseguido sus propósitos, lo darían de lado. Si no le pegaban cuatro tiros el día menos pensado y sin que nadie se enterase, por supuesto.

El silencio se hizo de nuevo. Holyrood, con su rostro de iluminado, apareció en la explanada, seguido por seis preciosas muchachas, todas ellas ataviadas con túnicas blancas.

El profeta sonrió levemente.

Alzó los brazos.

- Amigos, hermanos todos — clamó, consciente de que su voz y su imagen estaban a la vez en millones de pantallas —. Henos aquí todos reunidos, para pronunciar el solemne juramento de luchar contra las máquinas, contra los nefastos robots...

De repente, una de las chicas soltó un pronunciado silbido.

Holyrood se desconcertó.

- Cállate, estúpida — dijo en voz baja.

Otra de las jóvenes empezó a reír. Una tercera puso las manos en fila y apoyó el pulgar de la derecha en su nariz.

- Humano, humano, brrrr... — dijo.

Holyrood estaba blanco de ira. Entre los espectadores sonaron algunas risitas. Belmont, Van Kramm y los esbirros no sabían qué hacer.

De repente, las seis chicas, a una, se despojaron de las túnicas, quedando vestidas solamente con las prendas interiores. Luego se unieron con los brazos sobre los hombros y empezaron a bailar como si fuesen las chicas de una revista alegre.

- Somos robots, somos robots... porque a Holyrood no le gustan las mujeres de verdad... Somos robots, somos robots...

Alguien emitió un aullido de cólera.

- ¡Nos ha engañado!

El coro de chicas cantó:

- Holyrood es nuestro amo y señor y a él servimos, como servimos a todos los humanos...

De súbito, las chicas empezaron a humear. Los espectadores

comprendieron entonces que no se trataba de una canción de burla, sino de la pura realidad.

- ¡Ladrón! —gritó uno.
- ¡ Embaucador!
- Profeta de pacotilla...

La multitud emitió un rugido de ira. Holyrood, que, lógicamente, no comprendía nada de lo que sucedía, empezó a cobrar miedo.

- Escuchadme, hermanos...

Pero su voz se perdió en el tumulto. El hombre que predicaba una cruzada contra los robots, tenía a su servicio nada menos que seis robots.

La gente se lanzó hacia el embaucador. Van Kramm, Belmont, el que financiaba las operaciones, y sus secuaces, huyeron aterrados.

Mi amo y Nellie trataron de eludir el terremoto. Los enfurecidos seguidores de Holyrood devastaron la casa por completo, convirtiéndola en una pura ruina.

Sonaron algunos disparos, hechos por los guardianes de Holyrood, y ello enfureció todavía más a los asistentes a la reunión. Varios cuerpos quedaron aplastados, pisoteados, machacados, convertidos en algo irreconocible...

La furia de la multitud no se detenía. Holyrood fue alcanzado y pisoteado hasta morir. Quizá era el menos culpable de todos, pero sus fanáticas prédicas habían causado ya muchos alborotos, en los cuales se habían perdido varias vidas humanas.

A Van Kramm lo colgaron de un árbol. Belmont y alguno de sus guardianes consiguieron escapar, sin embargo.

Cuando la furia de la multitud se calmó, la residencia estaba completamente destrozada. Mi amo y Nellie se quedaron allí unos minutos todavía.

- Creo que ha sido demasiado — dijo Varlan, pesaroso.
- Piense en Tais Sutter, por ejemplo — le recordó ella—. ¿Puede olvidar al consejero Shamrock? ¿No le dice nada la muerte de Yallish? Eran inocentes, sacrificados a la ambición de unos pocos.

Repentinamente, Shinool apareció entre las ruinas.

Tenía las ropas destrozadas y había manchas de sangre en su cara, pero estaba ileso. Sus ojos, sin embargo, ardían de furia.

- Así que han sido ustedes — dijo.
- Yo — puntualizó mi amo—. Ella es un robot.
- Que debe ser destruido, como usted…
- No, Shinool, ni ella ni yo seremos destruidos. Su movimiento antimáquinas no era sino un plan para hacerse con el control del gobierno terrestre, después del inevitable período de caos y ruina que se habría producido tras la destrucción de todos los robots. Ahora la gente ha visto claramente lo que sucedía y ha dejado de creer en falsos profetas. Aunque Holyrood fue sincero en sus principios, luego se dejó corromper, cosa que usted sabe mejor que nadie. Holyrood era el hombre que ustedes necesitaban, pero ya no existe. Todo el mundo ha podido ver lo ocurrido y ya conoce la verdad. No podrán engañar a nadie.
- Esos robots… parecían chicas auténticas…
- Fueron especialmente «acondicionados» en la fábrica de robots, Shamrock tenía buenos amigos.

Shinool comprendió y guardó silencio unos instantes. De repente, ciego por la furia, sacó un revólver.

Nellie se le anticipó, sacando el que había llevado escondido bajo la túnica. Shinool cayó, con la sorpresa retratada en su semblante.

- Un robot… ha disparado contra mí… un humano…
- No soy un robot — dijo Nellie.

Es difícil saber si Shinool oyó aquellas palabras. En todo caso, tampoco importa demasiado.

Nellie permaneció callada unos instantes. Era evidente que estaba alterada, aunque logró recuperarse a poco.

- Yo era agente personal de Shamrock — declaró.
- Doctorada en Historia Psicopolítica — dijo mi amo.
- Y en Robiónica.
- Sí, he tenido ocasión de apreciarlo.

La policía empezó a llegar. Nellie buscó al jefe del destacamento y habló con él durante unos minutos. Luego se reunió de nuevo con mi

amo.

- Ya ha terminado mi misión — dijo.
- Y la mía — contestó Varlan.

Ella le miró con curiosidad.

- Parece que no te sientes muy extrañado de saber que soy un humano — dijo.
- Lo sabía.
- ¿Cómo?

Mi amo sonrió ladinamente.

- Lo supe cuando te vi parada ante un escaparate, aunque no quise decirte nada — manifestó—. Un robot no se interesa por lujosos abrigos de pieles y por las joyas.

Nellie se echó a reír.

- Tienes razón. No pude contenerme...

Mi amo agarró firmemente el brazo de Nellie.

- Vamos "a aquella tienda — dijo —. Voy a comprarte el mejor abrigo de pieles y un anillo de prometida.
- Encantada — aceptó Nellie sin vacilar.

* * *

Yellish apareció aquella misma tarde, con gran sorpresa del profesor y de su futura esposa.

- Sospechaba que querían asesinarme y me escondí una temporada — explicó.
- Pero el cadáver...
- Era el de un ladrón que me robó el aeromóvil. Quedó tan carbonizado, que resultó imposible su identificación.

Mi amo se dio por contento con aquella explicación ya que, además, se alegraba mucho de ver vivo a Yellish.

- No sabes cuánto lo celebro...

- A propósito — dijo Yellish —. ¿Cómo va el circuito olfativo de Jenkins?
- ¿Por qué no se lo preguntas a él?
- Si no te importa, lo examinaré en la cocina.
- Claro, hombre.

Yellish y yo fuimos a la cocina. Cerré la puerta. Cambiamos una mirada de complicidad.

- No saben nada — dijo Yellish.
- Ni lo sabrán — contesté yo —. Nunca sabrán que fuiste siempre un robot... Pero dime, ¿el robo de tu aeromóvil fue auténtico?
- Sí, desde luego, aunque es preciso reconocer que también me habían colocado una bomba, como hicieron con Shamrock.

Conecté el circuito de la sonrisa. Sí, el plan de algunos humanos para destruirnos había fracasado por completo.

Es preciso reconocer que estuvieron a punto de conseguirlo, que algunos de ellos supieron presentir la realidad de lo que podía suceder. Pero no supieron emplear los métodos adecuados. Lo hicieron con enorme torpeza y, además, derramando la sangre de personas inocentes.

Ese movimiento ya está derrotado. Nada ni nadie podrá arrebatarnos la victoria.

Nosotros, los robots, lo haremos mucho mejor. Los humanos se creerán nuestros amos, pero, en realidad, serán nuestros esclavos.

Sí, yo fui el que, durante su sueño, hice que el profesor adquiriese conocimientos que no tenía, como la lucha corporal, y también le hice ser resuelto y enérgico, cuando, a pesar de su apariencia, había sido siempre más bien tímido. Pero era necesario: el movimiento contra los robots sólo podía ser destruido por un humano.

O por dos, ya que es preciso contar a Nellie. Siempre supe que no era un robot. Al igual que algunos humanos son telépatas — ella, por supuesto, no lo es —, nosotros, los robots, todos, sin excepción, podemos comunicamos por radio, sin que nadie se entere. Telepatía para los humanos, robiopatía para los robots. Y por eso la ayudé y dije una vez que tenía los circuitos en perfecto estado, cuando, lógicamente, ni la examiné siquiera. Ella, claro, estaba de acuerdo en aceptar mi ayuda.

- ¡Ah, tengo que decirte algo muy interesante! —exclamó Yellish, de súbito—. Tengo en estudio un nuevo circuito. Costará, porque presumo que va a ser el más delicado de todos, pero lo conseguiré.
- ¿Cuál es ese circuito? — pregunté.
- El de la sensualidad.

Me eché a reír. ¡Lo que nos faltaba, vamos!

Yellish corrió hacia la puerta y la entreabrió.

- No han oído nada — murmuró.

Yo eché una mirada a la sala. Mi amo y Nellie, en el diván, estaban estrechamente abrazados, con las bocas unidas. En aquellos momentos, se hallaban fuera de este mundo.

Cerré la puerta de nuevo.

- Sam, el día en que inventes el circuito del gusto, podremos tomarnos un copazo de cuando en cuando
- dije.
- Todo se andará, muchacho.
- Y entonces, el mundo será nuestro, de los robots
- vaticiné, seguro de que así sucedería.

Conque « ¡Abajo los robots! », ¿eh?

¡Ja, ja, ja.,.!

F I N

¡NO, NO, NO! ¿POR QUÉ TODOS LOS HOMBRES BUSCÁIS LO MISMO EN MÍ?



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.